José Fernández del Villar

LOS POLLOS "CAÑÓN"

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA, ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24
1929

LOS POLLOS « CAÑÓN »

LOS POLLOS "CAÑÓN"

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA,

ORIGINAL DE

JOSÉ FERNÁNDEZ DEL VILLAR

Estrenada en el Teatro Cómico el 30 de marzo de 1929.



MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 duplicado
Teléfono número 10500
1929

A Luis de Vargas,

formidable pintor caricaturista de las costumbres modernas, espíritu sutil, claro entendimiento, corazón abierto y generoso.

Con un estrecho abrazo de su leal y agradecido amigo y compañero, que le quiere y admira,

J. Fernández del Villar.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LOLITA ANDREU................	Rosario Iglesias.
MUNDA SANTILLANA, MARQUESA DE ARDALES..............	Carlota Sanford.
PEPITA LA GITANA............	Soledad Domínguez.
CHUCHITA...	Pilar Gómez Ferrer.
CLOTILDE...	Sofía Ñorro.
PASTORA.......................	Carmen Abad.
LA BARONESA DE ALTAMIRA..	Vicenta Vallejo.
NENA BENAVIDES..............	Carmen Robles.
LUISÓN SANTILLANA...........	Carlos M. Baena.
RAFAEL..........................	Rafael Nieto.
PEPE SANDOVAL............ ..	Miguel Santibáñez.
JUAN MARÍA.....................	José María Navarro.
PERICO VALENZUELA...... ...	Pablo Muñiz.
JOSELITO........................	Enrique Amyach.
PACHIN..........................	Emilio Díaz.
VICENTE.........................	Severiano Jiménez.

La acción en Madrid. — Epoca actual

Derecha e izquierda, del lado del actor



ACTO PRIMERO

Hall del Hotel Royal. Al foro un gran arco con columnas separa el hall de una galería de cristales. A derecha e izquierda, dos arcos similares al del foro dan paso a otros tantos salones. Entradas y salidas por ambos laterales y por la derecha y la izquierda de la galería. Se supone que la derecha de la galería conduce a la calle. En escena, tres mesitas para té; dos en los primeros términos derecha e izquierda, respectivamente, y la restante en el centro, cubiertas todas por mantelillos a cuadros. Sobre cada una varias copas y un jarro con flores. En los salones contiguos se verán otras mesas dispuestas en igual forma que las que están en escena. Del techo pende un artístico aparato de luz eléctrica encendido. Suelo de parquet en el hall y de mármol, cubierto por una alfombra, en la galería. Alrededor de cada mesa cuatro elegantes silloncitos. Comienza la acción en las últimas horas de la tarde de un claro día de primavera.

—

(Al levantarse el telón aparece en escena VICENTE, hombre de treinta años, limpiando las copas de la mesa del primer término izquierda. Vicente es un camarero del hotel, que viste de frac. A poco entra en el hall, por la derecha de la galería, JUAN MARÍA, un pollo «bien», con traje de calle y sin sombrero. Juan María se sienta a la mesa del primer término izquierda y Vicente lo atiende con solicitud. Durante todo el acto, con los naturales intervalos, se

oirán dentro unas cuantas piezas de música interpretadas por un sexteto.)

Juan María. ¡Hola, Vicente!

Vicente. Buenas tardes, señorito.

Juan María. (Sorprendido al no hallar a nadie en el salón.) ¡Qué raro! ¿No han venido esos? (Mirando su reloj de pulsera.) Son ya las cinco...

Vicente. No tardarán.

Juan María. Seguramente.

Vicente. ¿Le sirvo?

Juan María. Bueno.

Vicente. ¿Lo de siempre? ¿El té y las pastas?

Juan María. No; he comido demasiado tarde y no tengo ganas de merendar. Tráeme una cañita de cerveza. (Vicente se marcha por la izquierda del hall. Juan María saca un pañuelo y se lo pasa por la frente.) ¡Qué día hace! En abril y con calor de julio. Pronto empieza el verano.

(Por la derecha de la galería entran en el hall LOLITA ANDREU y su amiga CHUCHITA, dos muchachas de unos veinte años. Lolita es un cromo y Chuchita una verdadera birria, fea como un diablo. Ambas visten con elegancia y distinción.)

Lolita. (Un poco cortada al no ver gente en el salón.) ¡Tú, que no hay nadie!

Chuchita. (Avanzando muy decidida hacia el centro de la escena.) Ya vendrán; no te preocupes. (Después de haber visto a Juan María.) ¿Que no hay nadie, dices? Pues, mira a quién tienes aquí. (Acercándose resueltamente a Juan María.) ¡Juan María!

Juan María. (Levantándose y saludándolas cariñosamente.) ¡Chuchita! ¡Lola!

Chuchita. ¿Nos convidas?

Juan María. Con mucho gusto.

Lolita. (Volada.) ¡Mujer, qué fresca eres!

Chuchita. Está muy admitido. (A Juan María.) ¿Verdad, tú?

Juan María. ¡Ya lo creo!

Chuchita. (A Lolita.) ¡Anda, siéntate!

(Se sientan los tres a la mesa del primer término izquierda; Lolita con cierta cortedad. Por la izquierda del hall sale VICENTE, con la caña de cerveza pedida por Juan María.)

Juan María. ¿Qué vais a tomar?

(Vicente deja la caña sobre la mesa y se queda esperando nuevas órdenes.)

Chuchita. Yo, poquita cosa. Para que no digas que abuso, que me sirvan un té completo.

Juan María (Aterrado.) (¡Atiza!) ¿Un té completo?

Chuchita. ¿Es mucho?

Juan María. (Disimulando.) ¡No! (¡Me veo pignorando la trinchera!) ¿Y tú, Lolita?

Lolita. Nada; muchas gracias.

Juan María. ¿Cómo nada?

Chuchita. ¿Quieres no ser ridícula? Juan María es un amigo de toda confianza.

Juan María. Bien puedes decirlo.

Chuchita. (A Lolita.) Pide algo.

Lolita. Si no sé... Si no se me apetece nada... (A Vicente.) Tráigame usted un bocadillo.

Chuchita. (En ascuas.) ¡Hija, por Dios! ¿Un bocadillo aquí? ¡No seas cursi!

Juan María. ¿Qué más da?

Vicente. ¿De jamón lo quiere la señorita?

Lolita. Sí; de jamón y con mucha manteca.

(Vase Vicente por la izquierda del hall.)

Chuchita. (Indignada.) Pero, ¡qué criatura ésta! Nos pone en evidencia a cada paso. Es menester que te fijes, Lolita, que el Royal Hotel no es el Bar Flor, donde tú meriendas con tu familia.

Lolita. Ya empecé por decir que no quería nada, pero tú te empeñaste... Y de tomar, algo que alimente.

Juan María. ¡Claro que sí! (¡El hambre que debe de pasar esta muchacha!)

Chuchita. Cuando el diplomático se entere de tus gustos plebeyos, me parece que no le van a hacer mucha gracia.

Lolita. ¡Ah! Pues si me quiere, me ha de querer tal como soy, que lo que es yo no pienso disimularle en nada.

Chuchita. Harás mal. A lo mejor lo espantas.

Lolita. ¿Y qué? Si lo espanto será señal de que no le interesaba mi persona, y, en ese caso, vaya bendito de Dios.

Juan María. Pero, ¿es que hay algo?

Chuchita. ¿No sabes? A ésta, que la pretende un chico que acaba de ganar las oposiciones a la carrera

diplomática. Rafael de Martos se llama. Ejerce la profesión de abogado en Valladolid y es hijo único. Sus padres tienen algunas fincas rústicas en Castilla y una dehesa en Extremadura. ¡Lo que se dice un gran partido!

Juan María. ¡Bien informada estás!

Chuchita. Los informes nos los ha facilitado Pepe Sandoval, el cronista de salones de *La Voz de Madrid*, que es amigo suyo y que, además, se ha prestado a servirle de introductor en la familia. Precisamente para la ceremonia de la presentación oficial estamos aquí citadas con mi madre, que ha ido a la vela del Perpétuo Socorro y que, por cierto, se tarda ya más de la cuenta.

Juan María. Pero, tu madre, ¿qué pito toca en este fregado?

Chuchita. ¡Anda, éste! ¡Cualquiera diría que no conoces a mi madre! Ya sabes que no tiene òtra obsesión en su vida que la de arreglar matrimonios. ¡Imagina si no ha de intervenir en las negociaciones de esta boda, queriendo como quiere a Lolita!...

Juan María. Es verdad. Olvidaba el aspecto casamentero de mi señora la marquesa de Ardales. ¡Pues, que sea enhorabuena, pitusa! Te felicito de todo corazón.

Lolita. ¡Allá veremos lo que sale!

Juan María. ¿Qué ha de salir sino una boda en breve plazo? Porque supongo que el nuevo diplomático tendrá que marchar pronto a ocupar su puesto y que antes, como es natural, querrá dejar últimado el asunto de su matrimonio.

Chuchita. Eso creemos todos.

Juan María. ¿Sabéis adonde le han destinado?

Chuchita. A Constantinopla.

Juan María. ¡Buen viaje de novios!

Lolita. ¡Falta que se realice!

Chuchita. ¡Chica, qué pesimista estás!

Lolita. Y ¿no tengo motivos?

Chuchita. Ahora, no.

Lolita. Ahora y siempre, Chuchita.

Chuchita. Ya has oído a Pepe Sandoval, que dice que el muchacho bebe los vientos por ti.

Lolita. ¡A pesar de todo!... Tú, mejor que nadie, conoces mi vida y sabes que, al morir papá y quedarnos

en la miseria, la mayoría de nuestras amistades nos volvieron la espalda y que sólo la caridad y el buen corazón de tu madre nos han permitido a mi familia y a mí—a mí, sobre todo—seguir ocupando la posición que ocupábamos, al menos en lo que a la apariencia se refiere.

Juan María. Y es mucha verdad, que la Marquesa te distingue y te halaga y si un vestido le compra a ésta, otro te compra a ti del mismo precio.

Lolita. Y esa circunstancia, Juan María,—y conste que no es crítica, que yo soy la primera en estimar y agradecer las atenciones de doña Munda—¡si tú supieras cuánto me ha perjudicado!...

Juan María. ¿Perjudicarte?

Lolita. Para encontrar un buen marido, desde luego.

Juan María. Y ¿por qué?

Lolita. ¿No se te alcanza?

Chuchita. ¡Ni a mí!

Lolita. Pues es bien sencillo. Los muchachos de mi clase, digo yo de mi clase, de mi clase cuando vivía papá, no me pretenden porque ya todos saben que no tengo dinero; y los que pudieran pretenderme tampoco lo hacen porque les asusta este lujo y este plan en que me desenvuelvo. ¿Quién os dice que el diplomático, cuando sepa también la verdad de mi vida, no va a desistir como los otros de sus propósitos de ahora? Por eso yo, hasta que no hable con él y ponga las cosas en su punto, no quiero forjarme demasiadas ilusiones.

Chuchita. Pero ¿es que vas a decirle?...

Lolita. ¡Todo! ¡Lástima fuera!

Chuchita. ¡Esta chica es tonta, Juan María!

Juan María No la juzgo yo así.

Lolita. ¿Verdad que pienso bien?

Juan María. Por lo menos procedes con una lealtad que nadie debe reprocharte.

Lolita. ¿Lo estás oyendo, Chuchita?

Chuchita. Tan tonto es éste como tú. ¡En seguida iba yo a comunicarle a un pretendiente nada relacionado con mi intimidad! ¡Ni que fuera idiota!

(Por la izquierda del hall sale VICENTE, con el té completo y el bocadillo de jamón, que coloca sobre la mesa que ocupan Lolita, Chuchita y Juan María.)

Vicente. El té y el bocadillo.

(Por la derecha de la galería entra PERICO VALENZUELA, otro pollo «bien», como Juan María, pero más bruto que éste. De cuando en cuando suelta una carcajada estentórea, la mayoría de las veces sin razón ni motivo que la provoque. Viene a cuerpo y sin sombrero, como llegó Juan María, y con media docena de copas de más en el estómago.)

Perico. (Acercándose al grupo de nuestros conocidos.) ¡Hola! (Sorprendiéndose al ver el número de cosas que sirve Vicente.) ¡Mi madre! Pero, esto, ¿qué es? (A Lolita y a Chuchita, a quienes no conoce y a las que pretende abrazar.) ¿Hinchándonos a cuenta de este infeliz? ¿Ha caído un primo?

Juan María. (Dándose cuenta de la maniobra de Perico y levantándose airado.) ¡Perico! ¡Cuidado! ¡Que son dos señoritas!

Perico. ¿Aquí y acá? (Soltando su típica carcajada.) ¡Vamos, anda!...

Juan María. (Enérgico.) ¡Que son dos señoritas, te digo!

Chuchita. ¡Déjalo, Juan María; no insistas!

Perico. (Recogiendo velas.) ¡Perdón!

Juan María. ¿No las conoces, animal? Chuchita Alcaraz, la hija de la marquesa de Ardales.

Perico. (¡Sakuska!)

Juan María. (Continuando la presentación.) Lolita Andréu.

Perico. (¡La he metido hasta la cincha!)

Juan María. El bestia de Perico Valenzuela.

Perico. ¡Servidor! Estoy volado. ¿Qué dirán ustedes de mí? ¡Estoy volado!

Chuchita. (A Lolita.) Volado, no sé, pero para volar, en cuanto le acerquen una cerilla. Huele a alcohol a diez leguas...

Perico. Perdonen ustedes mi cafrada de antes, pero es que, la verdad, al verlas con éste, las había tomao el número cambiao.

Juan María. No seas ganso, Perico; ni trates de enmendarlo, que es peor.

Chuchita. ¿Tan mala fama tienes, Juan María?

Juan María. ¿Le vas a hacer caso a este salvaje?

(Perico se sienta, después de haber lanzado un par de veces su sonora carcajada, y Vicente se le acerca.)

Vicente. ¿Desea usté algo ahora, señorito Pedro?

Perico. Dame un whisky.

(Vicente se marcha por la izquierda del hall. Chuchita se toma el té y Lolita el bocadillo.)

Juan María. (A Perico y refiriéndose a Chuchita.) No sé si sabrás que esta señorita es sobrina carnal de nuestro amigo Luisón Santillana.

Perico. ¡Ah! ¿Sí?

Chuchita. Sí, señor. Tengo toda esa desgracia.

Perico. ¿Desgracia? ¿Por qué?

Chuchita. Porque mi tío Luis es la deshonra de la familia. Hombre más calavera y vicioso no se encuentra en el mundo.

Juan María. ¡Pobre Luisón!

Perico. ¡Pues, si es un bendito!

Chuchita. Sí, sí. ¡Bendito! ¡Menudos disgustos nos lleva dados con su conducta! Y que de nada le sirve haber pasado de los cuarenta. Las mismas barrabasadas hace ahora que cuando tenía veinte años.

Juan María. Genio y figura...

Chuchita. (A Perico.) A mi madre la trae frita con su manera de proceder. ¡Es un *balazo*, un pollo *cañón!* Por supuesto, como lo es éste y como lo será usted, seguramente, que el tipo se da hoy con demasiada frecuencia en la buena sociedad.

Juan María. Pero, oye, oye, Chuchita; ¿es que llamas tú pollo *cañón* al que tiene buen humor y ganas de divertirse y mira la vida por el lado alegre, como Luisón y como nosotros?

Chuchita. Escucha, Juan María. Yo llamo pollo *cañón* al que es un perfecto golfo, como mi tío, como tú y como éste.

Perico. (En son de protesta.) ¡Bueno, bueno, señorita!...

Chuchita. (Interrumpiéndole.) Y usted perdone si le he mezclado con los demás, pero dime con quién andas y te diré quién eres. ¡Puede que yo también le haya tomado a usted el número cambiado!

Juan María. (Riéndose.) ¡Te la ha devuelto!

Perico. ¡Y que no ha tardao cinco minutos! ¡Ha estao oportuna la *andobales!* (Se ríe.)

Juan María. (En tono de reconvención al ver la cara que ha puesto Chuchita al oírse llamar andobales.) ¡Perico!...

(Por la derecha de la galería entra en el hall PACHÍN, otro pollo «bien», sin fisonomía propia, pero por lo mismo con el sello

peculiar y característico de todos los pollos «bien». También se presenta a cuerpo y sin sombrero y se acerca a la mesa de nuestros conocidos.)

Pachín. ¡Caballeros!...
Perico. ¡Hola, Pachín!
Lolita. (Que ya no puede aguantar más en aquel sitio le hace a Chuchita una ligera indicación para marcharse.) ¡Chuchita!...
Chuchita. (Comprendiendo el gesto de su amiga y poniéndose de pie) Sí, vamos. (Mirando hacia la derecha del hall.) Mira. Allí está Nena Benavides. Nos iremos con ella hasta que venga mamá. Con tu permiso, Juan María.
Juan María. ¿Os marchais?
Chuchita. Para dejaros el campo libre.
Juan María. ¡Mujer!...
Chuchita. No nos gusta estorbar. Adiós y muchas gracias por tu amable invitación.
Lolita. Adiós, Juan María, y muchas gracias.
Juan María. ¿Queréis no abochornarme?
Chuchita. (A Perico.) Señor...
Perico. A sus pies.
Lolita. (A Perico.) Mucho gusto.
Perico. ¡A sus pies!
Juan María. (En tono confidencial a las muchachas refiriéndose a Perico.) Y perdonad a este rinoceronte...
Chuchita. ¡Con quién te reúnes, hijo! ¡Vaya charpita! ¡Qué horror! (A todos.) Buenas tardes.
Pachín. Buenas tardes.
Juan María. ¡Adiós, Chuchita!

(Chuchita y Lolita se marchan por la derecha del hall. Por la izquierda del mismo sale VICENTE, con el whisky pedido por Perico Valenzuela.)

Perico. Oye, tú, Juan María, ¿no hay errata?
Juan María. ¿Cómo?
Perico. Que si de veras es Chuchita.
Juan María. No te entiendo.
Perico. Porque para mí es Chuchito. ¡Vaya perro y qué cara! (Se ríe.)
Juan María. ¡Perico!... (A Pachín.) Te advierto que ha estado de lo más inconveniente...
Pachín. ¿Qué me vas a contar? Me lo sé de memoria. Dame una cañita, Vicente.
(Vicente se marcha por la izquierda del hall.)

Juan María. Y ¿qué ha sido de ti estos días, Pachín, que no se te ha visto el pelo?

Pachín. Una chapuza que me ha caído.

Juan María. ¡Castigador!

Perico. ¡Eres un hacha!

Pachín. ¡Se hace lo que se puede, Periquillo!

(Por la izquierda del hall sale VICENTE con la caña de cerveza pedida por Pachín, y por la derecha de la galería aparecen PEPITA LA GITANA, PASTORA y CLOTILDE, tres mujeres que quitan la cabeza de guapas y que visten con arreglo al último figurín. Pepita y Pastora son andaluzas y morenas y Clotilde, madrileña, con el pelo cortado a lo manolo y teñido de rubio.)

Pepita. ¡Josú! ¡Qué poca gente!

Pastora. (Advirtiendo la presencia de Juan María, Perico y Pachín.) Mira. Aquí están éstos. (Se acerca a la mesa del primer término izquierda seguida de Pepita y Clotilde.)

Clotilde. ¡Hola, pollos!

Perico. ¡Hola, muchachas!

Pepita. ¿No habéis visto a Luisón?

Juan María. Por aquí no ha venido.

Pepita. ¡Verás tú, Pastora, ese mal ange si hoy que lo nesesitamos nos va hasé rabona!

Pachín. Estará en la Peña.

Pepita. ¡Ca! Si de ayí venimos nosotras. ¡Qué condenasión de hombre!

Juan María. Pues aquí comparecerá seguramente.

Pastora. ¿Lo sabes tú?

Juan María. Lo supongo.

Perico. Podéis sentaros a merendar y mientras le aguardais.

Clotilde. Mira, es una idea que parece mentira que se le haya ocurrido a éste.

Perico. ¡Clotildita, a ver si te doy pa el pelo!

Clotilde. ¿El qué?

Perico. Agua oxigenada. ¡Mira ésta!

Pepita. Güeno, pero sentarnos aquí sin é, yo no me siento, que no quieo dijustos.

Pastora. ¿Es seloso Luisón?

Pepita. ¡Más que er moro de Valensia!

Juan María. ¡De Venecia, Pepita!

Pepita. ¿Qué más da?

Perico. (A Pachín.) ¡Me hace a mí gracia la andalucita ésta! ¡Qué suerte tiene Luisón! ¡Cómo le envidio!

Clotilde. Bueno, pasmá; pues tú dirás qué hacemos.

Pepita. Irnos a ese otro salón.

Pastora. ¿Y si yega Luisón y no nos ve?

Pepita. Ya arguno de éstos se encargará de desirle donde estamos, ¿no?

Juan María. Lo que mandéis.

Pepita. Pos eso na más.

Juan María. Seréis servidas.

Pepita. Hasta luego.

Clotilde. Hasta ahora.

(Pepita, Pastora y Clotilde se marchan por la derecha del hall.)

Perico. (Dando un grito salvaje.) ¡Guapa!

Pachín. ¡Chico, que nos van a echar!

Perico. (Con los ojos encandilados.) ¡Valiente mujer pa un constipao! ¡Mi madre! Rompe uno a sudar tan sólo con mirarla. ¡Aaum! (Y de un bocado que tira al mantelillo, se lo lleva entre los dientes, haciendo caer al suelo todo lo que hay en la mesa. Juan María y Pachín se levantan asustados, y Vicente acude a recoger los desperfectos.)

Juan María. ¡Azúcar!

Pachín. ¡La caraba!

Juan María. ¡Pero, so animal!

Pachín. ¡So burro!

Juan María. ¡El pedazo de atún!

Pachín. ¡La mala bestia!

Vicente. No ha sido nada, señoritos.

Juan María. Merecías que te cobraran los desperfectos.

Pachín. ¿Habrá hipopótamo?

Vicente. No ha sido nada. (Poniendo el mantel de nuevo sobre la mesa.) Ya está todo como antes. (Se marcha por la izquierda del hall, con los vidrios rotos.)

Pachín. Te vamos a tener que sacar con bozal como a los perros.

Perico. (Pensando en Pepita y dando otro mordisco al aire.) ¡Aaum!

Juan María. ¿Otra vez?

Perico. ¡Me la comía! ¡Hija de mi alma!

(Por la derecha de la galería entran y se sientan a la mesa del centro, MUNDA SANTILLANA, MARQUESA DE

ARDALES, y LA BARONESA DE ALTAMIRA, dos señoras de cuarenta a cincuenta años, elegantemente ataviadas.)

Munda. (Como continuando una conversación.) Muy cierto, baronesa. Para Lolita es lo que no podía ni soñarse, después del cataclismo que acarreó a las de Andréu la muerte del pobre Florentino.

La Baronesa. Y menos mal que la tuvieron a usted de paño de lágrimas.

Munda. ¡Bah! ¿Quién se acuerda ya de eso?

(Por la izquierda del hall, sale VICENTE y se acerca a la mesa del centro.)

Vicente. Las señoras me dirán.

Munda. Un chocolate a la española con bizcochos. (Vicente interroga a La Baronesa con la mirada.)

La Baronesa. Otro chocolate.

Vicente. ¿También a la española?

La Baronesa. También.

Vicente. ¿Y también con bizcochos?

La Baronesa. También.

Vicente. ¡Al momento! (Vase por la izquierda del hall.)

Munda. Por lo visto, baronesa, usted es como yo; no ha entrado en la moda inglesa del té con pastas. Su chocolate y sus bizcochos...

La Baronesa. No, no, señora; lo hago por dar facilidades a los camareros, y pido siempre lo que pide la persona que me acompaña.

Munda. ¡Es curioso!

Juan María. (A Perico y Pachín, que se han puesto de pie.) Con vuestro permiso, voy un momento a saludar a la de Ardales. Esperadme en el foyer. (Acercándose a la mesa del centro, en tanto Perico y Pachin se marchan por la izquierda del hall.) ¡Marquesa!...

Munda. ¡Hola, Juan María! ¿Estaba usted ahí? No le había visto. ¿Cómo le va?

Juan María. Perfectamente, marquesa. Y usted, ¿cómo sigue?

Munda. Como siempre, hijito; achacosa, con mis dengues y mis alifafes...

Juan María. ¡Con esos colores!... Se queja usted de vicio, doña Munda. A Chuchita y a Lolita Andréu, ya he tenido el gusto de saludarlas. Allí las tiene usted, al

fondo del salón, con Nena Benavides. ¿Quiere usted que les avise?

Munda. No; muchas gracias, Juan María. Ya vendrán ellas. Muchas gracias.

Juan María. Como usted disponga.

Munda. Muchas gracias, Juan María.

Juan María. (Besándole la mano que ella le tiende.) A su devoción, marquesa.

Munda. Mis recuerdos a la mamá.

Juan María. De su parte; los estimará muchísimo. (Saluda con una inclinación de cabeza a La Baronesa y se marcha por la izquierda del hall.)

La Baronesa. ¿Quién es?

Munda. Un pollo *cañón*, como les llaman ahora. De la trinca de mi hermano Luis; con esto se lo digo a usted todo. (Por la izquierda del hall, sale VICENTE con los dos servicios de chocolate, los bizcochos y un par de azucarillos, y lo coloca todo sobre la mesa del centro.) ¿Quiere usted azucarillo, baronesa, o prefiere un vasito de leche para después del chocolate?

La Baronesa. Usted, ¿qué va a tomar? ¿Azucarillo? ¡Pues, azucarillo!

Munda. Bien está.

(Vicente se retira al foro. Munda y La Baronesa mojan los bizcochos en el chocolate. Por la derecha de la galería, entra en el hall PEPE SANDOVAL, un caballero, menudo y simpático, cuidado y pulcro, de pelo blanco y botines del mismo color, que usa en todo tiempo. Al entrar se detiene como buscando a alguien, y luego, al ver a la marquesa, se acerca a ella con cordial solicitud.)

Pepe Sandoval. ¡Mi querida marquesa!

Munda. ¡Amigo Sandoval!...

Pepe Sandoval. ¡Baronesa!..

La Baronesa. ¡Hola, Sandoval! ¿Cómo usted por aquí?

Munda. Viene exprofeso. ¿Y ese hombre?

Pepe Sandoval. No puede tardar, si ya no ha llegado. (Se sienta y se le acerca Vicente.)

Munda. No creo...

Pepe Sandoval. (A Vicente.) No, nada; muchas gracias. (Sacando un duro del portamonedas y dándoselo a Vicente.) Cobre lo de las señoras.

Munda. De ninguna manera, Sandoval.

Pepe Sandoval. No tiene importancia, marquesa; ni dice bien que paguen las damas donde hay un caballero.

Munda. Como usted quiera.

Pepe Sandoval. (Después de recoger la vuelta del duro y de darle unas monedas de propina al camarero.) Pues, sí; aquí hemos quedado citados a las cinco y media. Yo me he retrasado un poco en el periódico y temí llegar tarde; pero veo que no, qué es menos puntual el diplomático.

Munda. ¿Y vendrá decidido a todo, Sandoval?

Pepe Sandoval. ¡A todo, marquesa! Está enamoradísimo de la muchacha y dispuesto, por lo tanto, a no pararse en pelillos.

Munda. ¡Que me place! Hombres así son los que yo quiero en mis asuntos. (A La Baronesa.) Se trata del pretendiente de Lolita.

La Baronesa. Ya.

Munda. Es muy amigo de Pepe Sandoval y se ha valido de él para ser presentado.

Pepe Sandoval. Me une con su familia una relación de mucho tiempo. Su padre y yo fuimos antiguos compañeros y, naturalmente, me intereso por la felicidad del chico como por la mía propia.

Munda. Listo sí debe ser.

Pepe Sandoval. ¡Listísimo!

Munda. Sacar a pulso el número uno en unas oposiciones como esas...

Pepe Sandoval. Y sin recomendaciones de ninguna clase.

La Baronesa. ¡Ya es suerte la de Lolita!

Munda. Lo que no tiene es buena facha.

Pepe Sandoval. ¿Cómo que no?

Munda. No, Sandoval; buena facha no tiene. Es un poco subido de hombros, algo desgarbado... Yo le he visto una sola vez, al través de los visillos de mi balcón, un día que le paseaba la calle a la chica, y me ha parecido un hombre vulgar e insignificante. En cambio, sí da la sensación de ser buena persona; noblote, honrado...

Pepe Sandoval. ¡Un mirlo blanco, marquesa! (Viendo aparecer por la derecha de la galería a RAFAEL, cuyo verdadero retrato acaba de hacer la marquesa.) Aquí le tenemos ya. (Levantándose y yendo al encuentro de su amigo, que se ha detenido en el foro, orientándose.) ¡Hola, buen mozo!

Rafael. Buenas tardes, don José.

Pepe Sandoval. ¡Vaya unas horitas de venir!

Rafael. ¿He tardado mucho?

Pepe Sandoval. Si esto haces cuando te espera la dicha...

Rafael. Es que en el Ministerio me han tenido hasta ahora. Perdóneme usted.

Pepe Sandoval. (Cogiendo a Rafael de un brazo y llevándolo a presencia de Munda Santillana.) ¡Vamos! Ven acá. Marquesa... Tengo el honor de presentarle a mi excelente amigo Rafael de Martos. Munda Santillana, marquesa de Ardales. La Baronesa de Altamira.

Rafael. Para servirlas. (Saludos, etc., etc.)

Munda. ¡Mucho gusto! (Ofreciéndole un sitio para sentarse.) Tome usted asiento.

Pepe Sandoval. ¡Siéntate, Rafaelín! (Se sientan.)

Rafael. ¡Santillana! Un amigo y compañero de estudios tuve yo en la Universidad que se llamaba así: Santillana. ¡Luisón Santillana!

Munda. Mi hermano.

Rafael. ¿Su hermano?

Munda. Sí, señor.

Rafael. ¡Qué feliz casualidad! Éramos entrañables camaradas. Después yo me fuí a Valladolid y dejamos de tratarnos, pero siempre le he conservado un afecto sincero. ¡Admirable Luisón! ¿Qué ha sido de él? ¿Vive?

Munda. Por su desventura.

Rafael. ¿Cómo?

Munda. Para ser como es, más le valiera haberse muerto.

Rafael. ¿Qué?

Munda. Aquí suele venir algunas tardes, según me dice mi hija, que yo no tengo por costumbre frecuentar estos lugares. Anda enredado con una mujer de mala nota, una tal Pepita la Gitana, y da los grandes escándalos. ¡Figúrese usted! Madrid es un pueblo grande, pero pueblo, al fin, y en el mundo en que una se mueve, todo se critica y se comenta. ¡Muy disgustada me tiene Luisón con su conducta, muy disgustada!

Rafael. ¡Sí que lo siento!

Munda. ¡Pollo *cañón!* ¡La moda del día, amigo mío! Los jóvenes de hoy han dado en decir que casarse es cursi y se enredan con la primera advenediza que se encuentran al paso. Por eso es más admirable el proce-

der de usted que, asegurado su porvenir, busca el amor de una muchacha, honrada y buena, que pueda ser el día de mañana digna madre de sus hijos. Yo le felicito a usted por esa prueba de sensatez y de cordura.

Rafael. ¡Por Dios, señora!

Munda. Al fin, muchacho de provincias; donde todavía no han llegado la corrupción y el desenfreno de este Madrid de los cabarets y de los dancings.

Rafael. Pero, ¿quién podía pensar que Luisón?.. Y eso que siempre fué mala cabeza, estudiante desaplicado...

Munda. ¡Catorce años de carrera! Aprobaba las asignaturas por cansancio de los catedráticos... Usted le cogería en la segunda vuelta.

Rafael. En la segunda, sí, señora.

Munda. ¡Por eso! Porque él es mucho mayor que usted.

Rafael. Diez años me lleva. Luisón andará ahora rozando los cuarenta y uno y yo acabo de cumplir los treinta.

Pepe Sandoval. ¿Treinta años, muchacho?

Rafael. Treinta, don José.

Pepe Sandoval. ¡Cómo se hace uno viejo! ¡Yo, que le he tenido en mis rodillas!

Munda. Digo, Sandoval, que si fuese usted tan bondadoso que le avisase a las chicas, que están allí con Nena Benavides...

Pepe Sandoval. (Levantándose.) ¡No faltaba más!

Munda. (Viendo aparecer por la derecha del hall a LOLITA ANDREU y a CHUCHITA.) Aunque ya no es preciso. Aquí están ellas. (Brindándoselo a Rafael que se sonríe.) Al olor de lo que interesa...

(Las dos muchachas saludan efusivamente a La Baronesa y a Pepe Sandoval. Rafael se ha puesto de pie al verlas llegar.)

Chuchita. ¡Hola, mamuchi! ¡Don Pepe! ¡Pilar!

La Baronesa. ¡Hola, ricas!

Lolita. Estamos aquí hace más de una hora.

Munda. (Llamándoles la atención a Chuchita y a Lolita para presentarles a Rafael, en quien ellas quieren dar la impresión de no haberse fijado.) ¡Niñas!...

Lolita. (Cariñosamente a Sandoval.) ¿Qué se cuenta usted, don Pepe?

Munda. ¡Niñas!... (Las muchachas se vuelven.) Que os voy

a presentar. Don Rafael de Martos. Mi hija Chuchita. (Subrayando el nombre.) Lolita Andréu.

Rafael. Servidor de ustedes.

Chuchita. ¡Tanto gusto!

Rafael. (Dándole la mano a Lolita y estrechando la de ella con efusión.) ¡Un placer al estrechar su mano!

Lolita. (Sonriéndose.) Pero, bueno, suéltela; no se quede con ella.

Rafael. (Soltando la mano de Lolita.) Perdón.

(Como quien no quiere la cosa, pero hecho intencionadamente por Munda, Lolita y Rafael quedan aislados del grupo que forman los demás y se sientan a la mesa del primer término derecha.)

Chuchita. Te participo, mamuchi, que ahí está la amiguita del tío Luis con otras mujeres de su clase.

Munda. ¿Es posible? ¡Qué desvergüenza! Por eso huyo de venir a estos sitios. Esa promiscuidad me horripila. Y la culpa es sólo nuestra, nuestra, que lo consentimos y lo toleramos. ¡Cómo cambian los tiempos, Sandoval!

Pepe Sandoval. ¡Sí que cambian, marquesa!

Lolita. (Atajando a Rafael en su charla.) Bueno, bueno, bueno; pare usted la moto, hombre de Dios, y entérese primero de lo que a mí me interesa que se entere; que despacio podrá llegarse después, pero se llega mejor a todas partes.

Rafael. Usted me dirá, Lolita.

Lolita. Ante todo y sobre todo: ¿usted sabe quién soy yo?

Rafael. Una criatura encantadora, que me trae sin sueño desde la tarde que la vi en el Reina.

Lolita. No es eso lo que le pregunto.

Rafael. ¡Ah! ¿No?

Lolita. No, señor; de sobra sabe usted que no es eso.

Rafael. ¿Qué es, entonces?

Lolita. Algo muy distinto, señor Martos.

Rafael. (Riéndose.) ¡Ah, señor Martos y todo! ¡Qué gravedad!

Lolita. La importancia del caso la requiere.

Rafael. ¿La importancia del caso? Me asusta usted, Lolita. Acabe de una vez, que ya me tiene con el corazón en vilo.

Lolita. Vuelvo a repetirle mi pregunta. ¿Usted sabe quién soy yo? ¿Qué soy yo? ¿La modestia de mi posición y la escasez de mi fortuna?

Rafael. No lo sé, ni me importa. Me ofende usted al suponer en mí tan bajas miras.

Lolita. Pues, no es mi ánimo ofenderle, sino todo lo contrario; hablarle con entera franqueza para que usted sepa a qué atenerse antes de seguir adelante.

Rafael. Comprenda usted, Lolita, que es enojosa esta conversación, acabados de presentar y mucho más cuando yo sólo ardo en deseos de decirle lo que la quiero, lo que me gústa, lo enamorado que me tiene...

Lolita. Eso, después. Antes es necesario que usted conozca mi verdadera situación para que nunca pueda creer que le ha engañado esta pobre mujercita en la que ha tenido la bondad de fijarse.

Rafael. Si no hay otro remedio...

Lolita. ¡No hay otro remedio! Yo, amigo Rafael, aunque usted me vea alternar en sociedad y vestir como visto y ocupar palcos en los teatros y frecuentar los sitios elegantes, no tengo nada mío. Todo lo debo a la protección de la marquesa de Ardales, que me quiere como a una hija. En otro tiempo, en vida de mi padre, a quien Dios tenga en gloria, mi familia gozó de buena posición; pero, al morir papá, en circunstancias bien tristes y dolorosas, por cierto, mi casa se hundió y nos vimos reducidos a la estrechez más absoluta. Y en esa estrechez continuamos viviendo. Tengo dos hermanitos que trabajan, uno en Correos y otro en las oficinas del Norte, y yo, que también aporto mi granito de arena, escribiendo a máquina y dando algunas lecciones de piano. Con lo que reunimos los tres, sostenemos la casa y hacemos más llevadera la vejez de nuestra pobre madre. Y ahora, si después de enterado de esta tragedia íntima, usted persiste en sus propósitos, aquí me tiene a mí dispuesta a escucharle con el corazón abierto a la esperanza. Le debía esta sinceridad y no me arrepiento de haberla tenido con usted.

Rafael. Y hace usted bien en no arrepentirse. (*Preocupado.*) ¡Válgame Dios! Ni remotamente podía yo imaginarme nada de esto.

Lolita. Por lo mismo, tenía tanto empeño en contárselo.

Rafael. ¡Pobre Lolita!

Lolita. ¿Me compadece usted?

Rafael. ¡Con toda el alma!

Lolita. ¡Que Dios se lo pague!

Rafael. ¡Qué desilusión!

Lolita. ¿Cómo?

Rafael. ¡Yo que la juzgaba una muñequita alegre, a la que todo en la vida le sonreía!...

Lolita. Ya ve usted como a veces, la apariencia dista leguas y leguas de la realidad.

Rafael. ¡Pobre Lolita!

Lolita. Ello quiere decir...

Rafael. Ello quiere decir y muy claramente, que me he equivocado.

Lolita. Entonces he procedido bien al prevenirle. ¿Cuánto más vale la lealtad que el engaño?

Rafael. Me he equivocado; ciertamente. ¡Y no lo siento!

Lolita. ¿No?

Rafael. Me hará usted la merced de no haberme creído nunca un cazador de dotes.

Lolita. En la posición de usted hubiera sido demasiada ambición.

Rafael. ¡Por eso!

Lolita. (Con ansiedad.) Y ¿entonces?...

Rafael. Entonces...

(Interrumpe el coloquio amoroso la llegada, por la derecha de la galería, de LUISON SANTILLANA, un buen mozo, orondo y lustroso, que brinda salud y simpatía. Al entrar se muestra un poco sorprendido de encontrarse allí con su familia.)

Luisón. ¡Caracoles! ¿Vosotras aquí? ¡Qué cosa tan rara!

Rafael. (Poniéndose maquinalmente de pie al oir la voz de su antiguo amigo y dejando a Lolita presa de su ansiedad.) ¡Luisón!

Munda. (A Luisón.) ¡A ver si crees que el Royal es un coto cerrado!

Luisón. Coto, desde luego, por lo que abunda la caza; cerrado, nunca. (Saludando.) ¡Baronesa! ¡Sandoval!

Pepe Sandoval. ¡Hola, buena pieza!

(Luisón mira a Rafael, a quien no reconoce al pronto, no obstante la cordial sonrisa con que éste le recibe y le hace un ceremonioso saludo con la cabeza.)

Luisón. ¡Señor!

Munda. Pero, ¿no le recuerdas?

Luisón. (Reconociendo a Rafael en este instante y nombrándole como le nombraban los catedráticos en clase al pasar lista.)

¡Caramba! ¿Cómo no? ¡De Martos y Enríquez, don Rafael!

Rafael. (Devolviéndole el recuerdo de juventud.) ¡Santillana y Ahumada, don Luis! (Se abrazan con efusión.) ¡Luisón!

Luisón. ¡Rafaelillo! ¡Que sea enhorabuena! Ya he leído en los periódicos el brillantísimo resultado de tus oposiciones. ¡Que sea enhorabuena! ¿A dónde te mandan?

Rafael. A Constantinopla.

Luisón. ¡Bello punto de destino! ¡Stambul! ¡Qué recuerdos tiene para mí ese nombre! ¡Stambul!

Rafael. Pero, ¿tú has estado allí?

Luisón. ¿En Stambul? ¡Muchas veces!

Munda. No le haga usted caso, que este bala perdida, camino de Constantinopla, no ha pasado del Grao. Al Stambul que se refiere es a un restaurant galante que hay en las Ventas.

Rafael. ¿Ah, sí?

Luisón. ¡Esta hermana mía! (A Rafael.) Bueno, y tú ¿qué haces aquí con la familia? (A Munda.) ¿Le conocíais?

Munda. Nos le acaba de presentar Pepe Sandoval; porque es menester que sepas que tu amigo ha tenido el buen gusto de poner sus ojos en Lolita.

Luisón. ¡Dios poderoso! ¡Pobre Rafael! ¡Te has caído con todo el equipo!

Lolita. ¡Oiga usted, Luisón!...

Luisón. No lo hablo por ti, hija mía; lo hablo por mi hermana, que se da unas trazas para casar a la gente, que no te digo más sino que la tienen subvencionada en las Parroquias. ¡Huye de ella, Rafael, o eres hombre perdido!

Munda. (Levantándose, malhumorada.) (¡Vaya, vaya, ya empieza este con sus pullas y no estoy de humor para aguantarle!) ¿Me acompaña usted, baronesa, a saludar a la de Benavides?

La Baronesa. (Levantándose.) ¡Encantada!

Munda. Vamos, niñas; vamos, Sandoval. ¿Viene usted, amigo Martos?

Luisón. ¡Señor, dejarle un rato conmigo, que comérmelo, no me lo como!

Munda. ¡Lo que él quiera!

Rafael. En seguida soy con ustedes.

Munda. (A la Baronesa.) Este zanguango de mi her-

mano me lo va a echar todo a rodar; lo verá usted. Mentira parece que seamos hijos del mismo padre y de la misma madre.

(Se marchan, por la derecha del hall, Lolita, Chuchita, Munda, La Baronesa y Pepe Sandoval.)

Luisón. ¡Bueno, Rafaelillo! Siéntate. (Se sientan los dos a la mesa del primer término izquierda.) ¿Qué quieres tomar? ¡Oye, Vicente! (Vicente se acerca.)

Rafael. Tomaré un vermut.

Luisón. A mí dame un cock-tail. (Vicente se marcha por la izquierda del hall.) ¡Agradable sorpresa, chico! Al cabo de los años, volvernos a encontrar. Puedes creerme que he tenido una gran alegría.

Rafael. También yo.

Luisón. Por ti es que no ha pasado el tiempo. Estás igual.

Rafael. Tampoco tú has variado mucho.

Luisón. ¡No me digas! Esta tripa... Y sobre todo el pelo; se me cae a mechones. Tú sí que eres el mismo. Me parece estarte viendo en la clase de Internacional Público, dando aquellas conferencias, que causaban el asombro del catedrático y la admiración de tus compañeros. Ya apuntabas por lo que luego ha sido tu triunfo resonante. ¡Bien, muchacho, bien! ¡Ahí es nada! ¡Diplomático! La aspiración suprema de casi todos los estudiantes de Derecho. ¿Cuándo te marchas a Constantinopla?

Rafael. ¡Allá veremos! Tengo dos meses para tomar posesión y antes quisiera dejar resuelto lo de Lolita.

Luisón. ¡Ah! Pero, en serio, ¿vas a cometer la locura de casarte?

Rafael. Te diré, Luisón.

Luisón. ¡No me dirás nada, qué jinojo! Un hombre a tus años y con tu porvenir no debe pensar, como no sea un loco o un inconsciente, en el matrimonio.

Rafael. (Riéndose.) ¡Peregrina teoría!

Luisón. ¡La exacta, la única, Rafaelillo! Te habla quien lo sabe por experiencia. ¡Viva la libertad de los solteros! ¡Hurra por el celibato! ¡Antes el recargo en la cédula que el yugo eterno! ¡Viva el amor libre!

Rafael. (Riéndose.) ¡Qué gracioso!

Luisón. Aparte de que la Lolita de tus pensamientos, siendo muy buena chica, que lo es en grado super-

lativo, no sé si sabrás que la pobrecita mía no tiene sobre qué caerse muerta.

Rafael. Todo eso lo sé de boca de la propia Lolita. No me cuentas nada nuevo, Luisón.

Luisón. ¿Y aún sabiéndolo persistes en tu idea?

Rafael. ¿Por qué no?

Luisón. Chico, no lo comprendo. ¿Qué quieres que te diga? ¡No lo comprendo! Opino que el matrimonio es lastre, carga pesada para quien como tú se dispone a correr mundo. ¡No te cases, Rafael! Piénsalo. ¡Es un buen consejo! O en todo caso, mírate en mi espejo y haz lo que yo, que hace cuatro años que vivo con una mujer gozando de las ventajas del matrimonio, sin sufrir ninguno de sus inconvenientes. Algo así es lo que a ti te hace falta. ¡Claro, que yo he tenido la suerte de encontrar la mujer ideal, la mosca blanca, la paloma azul! Pepita la Gitana, que así se llama mi chiquilla, es una cosa escepcional; una mujer sola en el mundo, sin padre, ni madre, ni perrito que la ladre; que adora en mí y me guarda toda clase de consideraciones y respetos. Amaestrada la tengo a la palabra; es una oveja fiel. A un gesto mío, la Pepita baila de coronilla. Y en mi casa no hay otra voluntad que la de servidor. ¿Dónde encontrar en el mundo nada que se le parezca? Con la ventaja inmensa para ti de que llega un día que te cansas de tenerla al lado y con volver la espalda ya estás listo. De la calle te recogí, en la calle te dejo. ¡Y a otra cosa, mariposa!

Rafael. Sí, sí. Puede que tengas razón, pero es cuestión de temperamento, de criterio, de punto de vista.

Luisón. (Viendo aparecer por la derecha del hall a PEPITA LA GITANA, PASTORA y CLOTILDE.) ¡A propósito! Aquí llega ella. Te la voy a presentar para que juzguez por ti mismo. (Llamándola.) ¡Pepita! Haz el favor.

Pepita. ¿Paresiste ya, permaso?

Luisón. Ven acá. (A Clotilde y Pastora.) Y vosotras también. (Presentando.) Mi amigo Rafael Martos. ¡Pepita la Gitana! ¿Qué tal? ¿Te engañaba yo? ¡Sin ojos se vino al mundo la criatura!

Pepita. ¡Caya de una vé, pamplinoso!

Luisón. (Presentando a las otras.) Clotilde, Pastora.

Rafael. (Sorprendido gratamente al reconocer en Pastora a una antigua amiga.) ¡Pastora! ¿Tú?

Pastora. (Colgándose al cuello de Rafael.) ¡Rafalo de mi arma!

Rafael. ¡Pero, chiquilla!...

Pastora. ¡Ay, Virgensita de la Macarena! ¿Quién me tenía a mí de desí que iba a vorvé a verte?

Rafael. ¡Pues, aquí estoy! Te encuentro más guapa.

Pastora. Los ojos con que me miras, chaval.

Luisón. Erais amigos, por lo visto.

Pastora. ¡Y de qué tiempo, Luisón! ¡Ay! ¡Este hombre, Pepita!... ¡Este hombre, Clotirde!... ¡Las veses que os habré yo hablao de este hombre!

Luisón. Pues, anda con él, que dentro de unos días se marcha a Constantinopla y no tiene quien le acompañe.

Pastora. ¿Cuándo hay que hasé er baú?

Luisón. ¡Ole ahí las mujeres castizas!

Pepita. (A Luisón.) Y tú, ¿dónde te has metío? ¡Me lusco si te espero en er Paseo de coches!

Luisón. He tenido que hacer.

Pepita. ¡Historias tuyas, Luisón; que eres más trapisondista!... ¡Mia que tené tú que hasé cuando de vago que eres ni te nase la barba! ¡Josú, qué hombre!

(Por la izquierda del hall salen JUAN MARIA, PERICO VALENZUELA y PACHIN.)

Juan María. ¡Salud, Luisón!

Perico. ¡Hola, Luisón!

Luisón. ¡Salud, caballeros! (A Rafael, que continúa de palique con Pastora.) ¡Rafael! (Rafael se vuelve y Luisón lo presentá a sus amigos.) Os presento a mi amigo y antiguo compañero de Universidad Rafael Martos Juan María Rochel, Pedro Valenzuela, Pachín Fernández .. (Saludos, apretones de manos, etc., etc.) ¡Gente nueva, exenta de rancios prejuicios! ¡Como yo!

Rafael. ¡Un amigo de todos! Con permiso. (Vuelve al lado de Pastora.)

Pastora. Oye y dime tú, chiquiyo, ¿qué se te ha perdío a ti en Constantinopla? ¿Vas a vendé babuchas?

Rafael. Voy a la Legación de España, mujer.

Pastora. ¿Y de formá que me yevas contigo?

Rafael. Si tú te decides, por mi parte no hay inconveniente.

Pastora. ¿No será chufla, tú? ¡Que te conozco!

Rafael. Prueba a ver.

Pastora. Es que si eso es así, Rafalo de mi vida, con las ganas que tenía yo de pescarte otra vé, no me separan ya de ti ni con agua caliente.

Rafael. No tengo más que una palabra.

Pastora. ¡Pos bendita sea tu boca, ladrón! ¿Trato hecho?

Rafael. ¡Trato hecho!

Pastora. (A los demás, loca de júbilo.) ¡Señores, que me voy con é a Constantinopla!

Luisón. ¿De veras, Rafael?

Rafael. ¡Está firmado!

Luisón. ¡Eso me gusta! Pues, para ponerle la rúbrica a la firma, propongo que cenemos todos juntos esta noche. ¿Qué os parece?

Perico. ¡Colosal!

Pachín. ¡Magnífico!

Juan María. ¡La gran idea!

Rafael. (Indeciso.) ¿Esta noche, Luisón?...

Luisón. ¿Qué pasa?

Pastora. Oye, ¿por qué no?

Rafael. (Decidido.) ¡Lo que tú quieras!

Perico. ¡Es un barbián el mozo!

Pachín. ¡De los nuestros!

Juan María. ¡De los fetén!

(Por la derecha del hall salen MUNDA SANTILLANA, LOLITA ANDREU, CHUCHITA y PEPE SANDOVAL. Al verlos, Luisón se acerca a Rafael para prevenirle y ambos se separan del grupo procurando disimular.)

Luisón. (A Rafael.) ¡Mi hermana, tú!

Rafael. ¡La Marquesa!

Luisón. (A Munda.) ¿Qué? ¿Os marcháis ya?

Munda. Sí. Es tarde.

Lolita. (A Rafael.) ¿Se queda usted?

Rafael. Un rato. Luisón me ha convidado a cenar y no he sabido negarme. Supongo que nos veremos mañana. ¿Vendrá usted por aquí?

Lolita. No puedo decirle. Iré adonde me lleve la Marquesa.

Rafael. Pues yo procuraré buscarla. Tenemos que acabar nuestro palique.

Lolita. ¿No está acabado ya?

Rafael. ¡Ni mucho menos!
Lolita. Usted quedó en el uso de la palabra.
Rafael. ¡Por lo mismo! Mañana continuaremos.
Lolita. En ese caso... ¡Hasta mañana, Rafael!
Rafael. ¡Hasta mañana, Lolita!
Luisón. (A Munda.) ¿Y la Baronesa?
Munda. Espera a marcharse con la de Benavides.
Rafael. (Despidiéndose.) Chuchita... ¡Marquesa!
Munda. ¿Cómo? ¿No nos acompaña usted?
Rafael. Me quedo con Luisón.
Munda. (A Luisón.) Al fin te saliste con la tuya. Eres malo de nacimiento.
Luisón. ¡Dios me castigará!
Munda. No lo dudes.
Pepe Sandoval. (A Rafael.) Pero, ¿no vienes con nosotros?
Rafael. No puedo, don José. Me he comprometido con Luisón...
Pepe Sandoval. Creo que haces mal y que no procedes correctamente. ¡Allá tú!
Rafael. Aunque sea así, ya la cosa no tiene remedio. Mañana le buscaré en su casa o en el periódico.
Pepe Sandoval. En un sitio o en otro me encontrarás.
Rafael. Buenas noches, don José.
Pepe Sandoval. Buenas noches, muchacho.
Rafael. Buenas noches a todos.
Luisón. ¡Andad con Dios!
Munda. ¡Niñas, vamos!

(Por la derecha de la galería salen delante Munda y Pepe Sandoval. Chuchita y Lolita se quedan un poco rezagadas.)

Chuchita. (A Lolita.) Pero, ¿se queda Rafael?
Lolita. (Con tristeza.) Se queda.
Chuchita. (Indignada.) ¿Qué te anuncié yo? Has hecho muy mal con decirle...
Lolita. Y ¿qué quieres? ¡Más vale así! ¡No estaría de Dios! (Y rompe a llorar callada y silenciosamente.)
Chuchita. Pero, ¿vas a llorar? ¡Anda, tonta, no llores! ¡Así que se merece ningún hombre una lágrima nuestra! (Y consolando a su amiga desaparecen las dos por la derecha de la galería.)
Luisón. (Frotándose las manos en plena satisfacción.) ¡Perfectamente! Y una vez en franquía, libre de la enojosa

y escrutadora mirada de la familia, hora es ya de que pensemos dónde se ha de cenar.

Perico. ¡En la Cuesta!

Juan María. ¡En Botín!

Pachín. ¡En los Burgaleses!

Clotilde. ¡En los Gabrieles!

Pastora. ¡En Achuri!

Pepita. ¡Mejor en la Viña!

Pastora. ¡O en er Birbaíno!

Luisón. Se decidirá por votación. ¡A ver! (Dando palmadas.) ¡Ese camarero! ¡Vicente! ¡El vermut y el cock-tail que hemos pedido hace dos horas!

(VICENTE aparece oportunamente por la izquierda del hall con ambos servicios.)

Vicente. Aquí están ya.

Luisón. (A Vicente.) Avisa por teléfono a la Peña y que nos manden dos autos.

Vicente. ¡En seguida, señorito! (Vase por la izquierda de la galería.)

Luisón. ¡Hoy es el día de correrla en grande! ¡Tenemos que festejar el ingreso de un neófito!

Perico. ¡Vivan los juerguistas!

Todos. ¡Vivan!

Luisón. (A Rafael, que se ha quedado pensativo y preocupado en la galería desde la marcha de Lolita.) ¡Tú, Rafael, que tienes aquí el Torino!

Pastora. (Acercándose, mimosa, a Rafael.) ¿Qué te pasa a tí? ¿Te has puesto, de pronto, triste?

Rafael. (Disimulando.) ¿Quién? ¿Yo? ¡No! ¡Qué tontería!

Luisón. ¡El vermut, pasmao!

Rafael. (Mirando hacia el sitio por donde salió Lolita.) (¿Iba llorando esa mujer?...) (Se encamina, acompañado de Pastora, hacia la mesa de sus amigos, que lo reciben a gritos.)

Luisón. ¡Vamos, hombre!

Perico. ¡Que hay que decidir donde cenamos!

Pepita. ¡Tú, Pastora; anímalo, mujé, que se ha puesto mustio!

Pastora. ¡Chiquiyo mío!

Rafael. (Queriendo parecer más alegre que los demás.) ¿Qué ocurre? ¿Qué hay que hacer? ¡Vamos adonde sea! ¡A ver! ¡Una botella de champagne!

Todos. (A una.) ¡Y ole!

(En este momento el sexteto, dentro, rompe a tocar un furioso charlestón. Pastora echa los brazos al cuello de Rafael y juntos lo bailan entre las risas y vayas de los compañeros.)

Pastora. ¡Sentrañas mías!

Juan María. ¡Bravo!

Pachín. ¡Bien!

Todos. (Cantando a coro.) ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Charlestón!

Perico. ¡Vivan los *cañones!*

Todos. ¡Vivan!

(Y en medio de una general algarabía cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Se supone que han transcurrido más de dos años. En ese lapso de tiempo, el hall ha sufrido pequeñas modificaciones; han desaparecido las mesitas del té y, en su lugar hay ahora una elegante sillería de medula con profusión de almohadones. La galería de cristales está abierta y por ella se ve un alegre invernadero con gran número de plantas de estufa. Comienza la acción mediada la tarde del último día del año. El sol penetra a raudales en el invernadero y con menos intensidad en el hall.

—

(Al levantarse el telón aparecen sentadas en un sofá, a la derecha del hall, LA BARONESA DE ALTAMIRA y NENA BENAVIDES. A poco sale por la izquierda del hall VICENTE, nuestro antiguo camarero, convertido hoy por la bondad de sus servicios en un flamante maître d'hotel. Nena Benavides es una mujer de treinta años, elegante y simpática. Tanto ella como la Baronesa visten de calle con sendos abrigos de pieles.)

Vicente. (Dirigiéndose como una flecha a la Baronesa, y a Nena Benavides.) Perdonen las señoras, si las he hecho esperar demasiado, pero es que ando de cabeza.

La Baronesa. Lo creo, Vicente. El día de hoy debe de ser bastante movidito en el Royal.

Vicente. ¡Figúrese la señora baronesa! Reveillón, piñata, árbol de Noël, cena a la americana con doscien-

tos y pico de cubiertos... ¡Qué sé yo! Y uno, que ha de estar en todo y disponerlo todo... Mucho me honró la Dirección al nombrarme maître del hotel a la muerte del pobre Restituto, pero hubiese preferido continuar en mi puesto de camarero. Menos responsabilidad, menos trabajo y más propinas. En fin... Las señoras me dirán en qué puedo servirlas.

La Baronesa. Ya lo supondrá, Vicente Queremos que nos reserve usted una mesa para la fiesta de esta noche.

Vicente. ¡Esa es otra! Me llueven los compromisos y no hay mesas.

La Baronesa. ¿Que no hay mesas, Vicente?

Vicente. No, señora; a estas horas no hay mesas para nadie. Desde hace cinco días que está cubierto el número con exceso; pero, vamos, antes se queda sin sitio el Ministro de Cuba que las señoras. ¡No faltaba más!

La Baronesa. ¡Respiro, Vicente!

Vicente. (Consultando un cuaderno de notas que saca de un bolsillo.) ¿La cuarenta y seis les parece bien a las señoras?

La Baronesa. La que usted nos elija.

Vicente. (Disponiéndose a apuntar con un lápiz en el cuaderno.) La cuarenta y seis, entonces. ¿A qué nombre la aparto?

Nena. Es igual. Señorita de Benavides o señora Baronesa de Altamira.

Vicente. (Escribiendo en el cuaderno.) Conforme.

La Baronesa. Y muy agradecidas.

Vicente. ¡Por Dios! Las señoras me mandan.

La Baronesa. (Levantándose.) ¿Vamos, Nena?

Nena. Cuando gustes, Pilar.

La Baronesa. ¡Hasta luego, pues, Vicente!

Nena. Buenas tardes.

Vicente. ¡Vayan con Dios las señoras! (La Baronesa y Nena Benavides se dirigen hacia la derecha de la galería a tiempo de que por el mismo sitio entran en el hall LUISÓN SANTILLANA y PEPITA LA GITANA, del brazo. Al ver a Nena y a la Baronesa, Luisón se suelta del brazo de Pepita y se quita el sombrero saludándolas de paso. Nena y la Baronesa corresponden al saludo de Luisón con una ceremoniosa inclinación de cabeza. Vicente se acerca con júbilo a Luisón y a Pepita.) ¡Caramba, el señorito Luis!

Luisón. ¡Hola, Vicente!

Vicente. (Saludando a Pepita la Gitana.) ¿Cómo está la señorita? (Continúan hablando en voz baja mientras Nena y la Baronesa comentan el encuentro al fondo de la galería.)

La Baronesa. ¿No es Luisón Santillana con su mujer?

Nena. Sí, Pilar.

La Baronesa. ¡Qué raro! Es la primera vez que les veo juntos desde que se casaron.

Nena. También yo.

La Baronesa. Y ¿a qué vendrán?

Nena. ¡Quién sabe! Acaso a lo mismo que nosotras.

La Baronesa. ¿Será posible? ¿Tendrán valor para presentarse en público esta noche y en una fiesta como la de fin de año en el Royal?

Nena. Y ¿por qué no?

La Baronesa. Pues, como vengan, van a ser la comidilla de la cena.

Nena. ¡Seguro!

La Baronesa. ¡Qué cabeza de hombre, hija! Porque ella no es fea, pero es tan ordinaria... ¡Cuánto mejor no hubiera hecho Luisón casándose contigo, Nena!

Nena. (Iniciando la retirada.) ¡Anda, Pilar; no me recuerdes cosas tristes! (Desaparecen las dos por la derecha de la galería.)

Pepita. (A Luisón, refiriéndose a Nena Benavides.) ¡Sí, hombre, sí! ¿No es esa la que fué tu novia antes de que me conosieras? Has debío presentármela.

Luisón. En eso estaba pensando.

Pepita. Ya sé que no, martirio; que a ti te abochorna presentarme a nadie.

Luisón. ¡No empecemos, Pepita! (A Vicente, que prudentemente se ha retirado un poco de la pareja.) ¿De modo, Vicente, que dices que don Rafael ocupa el cuarto número ciento veintidós?

Vicente. El ciento veintidós.

Luisón. ¿Y estará ahora en el hotel?

Vicente. No ha puesto el pie en la calle, que yo sepa, desde que llegó esta mañana.

Luisón. Y dices que ha venido solo.

Vicente. Más solo que la una.

Luisón. ¡Es extraño! ¿Qué habrá hecho de Pastora?

Vicente. Si los señoritos quieren subir o si prefieren que yo le avise a don Rafael...

Luisón. ¿Qué hacemos, Pepita?

Pepita. Lo que tú dispongas.

Luisón. Realmente que no estando Pastora con él, como yo suponía, tu presencia aquí es innecesaria.

Pepita. ¿Qué estás tú hablando, Fernando? ¿La primera vez que me sacas a la caye en año y medio y ya me quieres mandá pa casa? ¡Ni lo sueñes, Luisón!

Luisón. (Con aire de cristiana resignación.) ¡Bueno, mujer! (Pequeña pausa.)

Pepita. ¿Por qué no le dises a Visente lo der tío Joselito?

Luisón. ¿Lo del tío Joselito? ¡Ah, sí! Tienes razón. Se me había olvidado. Perdona. ¡Oye, Vicente!

Vicente. ¿Señorito?

Luisón. ¿Te sería fácil admitir, aunque fuese como camarero suplente y para servir la cena de esta noche, pongo por ocupación del momento, a un pobre hombre por el que, tanto ésta como yo, tenemos un gran interés?

Vicente. Siendo cosa de los señoritos admito yo a quien haga falta.

Luisón. Gracias, hijo. Se trata de un lejano pariente de mi mujer...

Pepita. Na de lejano, tú. Mi tío carná que es na más; hermano de mi padre.

Luisón. (Contrariado.) Y ¿qué necesidad de dar un cuarto?...

Pepita. La verdá, señó, que yo no me avergüenso de los míos; que si semos pobres...

Luisón. ¡Somos, Pepita!

Pepita. ¿Tú? ¡Ni Dios lo quiera!

Luisón. ¡Está bien! ¡Bueno, Vicente!... ¿De forma que puede venir a trabajar?

Vicente. Esta misma tarde.

Luisón. (A Pepita.) Ya lo oyes.

Pepita. ¿Te parece, entonses, que hable por teléfono con casa y le diga a mi madre que le mande recao pa que se presente aquí inmediatamente?

Vicente. Sí, porque cuanto antes venga, mejor; a fin de que tenga tiempo de hacerse cargo del servicio. El ya conocerá la profesión...

Pepita. ¡Digo! En Seviya ha estao en el Arfonso XIII y en el hoté de Ingalaterra.

Luisón. Suprime la *gala*, Pepita. Inglaterra; sencillamente Inglaterra.

Pepita. (Con un dejo de melancolía.) ¡Pa que veas cómo cambian los tiempos! Antes eras tú er primero en selebrá mi manera de hablá, que hasta se lo hasías notá a tus amigos, y ahora to se te vuerve criticarla.

Luisón. ¡Antes era antes y ahora es ahora!

Pepita. ¡Verdá que sí! (Se dirige hacia la izquierda del hall.)

Vicente. ¿Sabe la señorita al teléfono?

Pepita. Sí que sé, Visente. Muchas grasias.

Luisón. Mientras... ¡Oye, Pepita! (Pepita se vuelve.) Voy a subir a ver a Rafael. Si terminas tú antes de que yo baje, espérame. (Pepita se marcha por la izquierda del hall.) ¡Hasta ahora, Vicente!

Vicente. ¡Hasta ahora, señorito! (Luisón se marcha por la derecha del hall. Vicente mira a derecha e izquierda y mueve la cabeza con aire filosófico.) ¿Quién se lo tenía que decir a los dos? ¡Las vueltas que da el mundo! (Se encamina hacia la izquierda a tiempo de que, por la derecha de la galería, entra en el hall CLOTILDE, hecha un brazo de mar.)

Clotilde. ¡Atiende, Vicente! (Vicente se vuelve.) Me alegro de encontrarte. En tu busca venía.

Vicente. ¿Qué pasa?

Clotilde. Nada; que en la mesa treinta y siete, que es la que tengo apartada para esta noche, en lugar de tres cubiertos, como te encargué, pongas cuatro.

Vicente. (Sacando el cuaderno de notas y apuntando.) Mesa treinta y siete, cuatro cubiertos. Ya está. (Se guarda el cuaderno.) ¿Algo más?

Clotilde. Nada más.

Vicente. ¿Quién ha pegao la gorra?

Clotilde. ¿Quién va a ser? Pachín, que está siempre a la cuarta pregunta.

(Por la izquierda del hall vuelve PEPITA LA GITANA.)

Pepita. (Sorprendiéndose agradablemente al encontrarse con Clotilde.) ¡Clotirde!

Clotilde. (Con alegría.) ¡Pepita! (Se abrazan y besan con efusión. Vicente se marcha por la izquierda del hall.) ¡Dichosos los ojos, mujer! ¡Un siglo sin verte!

Pepita. ¿Cómo estás?

Clotilde. Bien, ¿y tú?

Pepita. Tan güena. Siéntate. (Se sientan las dos en un sofá, a la izquierda del hall.)

Clotilde. ¿Y Luisón?

Pepita. Por ahí dentro. Ahora vendrá.

Clotilde. Ni a él ni a ti hay quien os eche la vista encima.

Pepita. Salimos poco. Por cuidá der niño...

Clotilde. ¡Es verdad, que no te he preguntao por el heredero!

Pepita. ¡Más rico es! Si lo vieras...

Clotilde. Pues ¿no lo he de ver? Tengo que ir un día a tu casa pa que me lo enseñes.

Pepita. Cuando quieras.

Clotilde. Y ¿qué hay, chica? Cuéntame. ¿Cómo te va en tu matrimonio?

Pepita. Bien, dentro de lo que cabe.

Clotilde. Parece que lo dices con tristeza. ¿Es que echas de menos lo de antes?

Pepita. (Con dignidad.) No; ya sabes tú que no, que aqueyo no era pa mí. En er fondo yo he sío siempre una mujé güena, que tuvo una desgrasia y se vió presisá a caminá sin rumbo por la vía, con la suerte, en medio de tó, de habé encontrao a Luisón, que se apiadó de mí y que me ha honrao, vorviéndome a mi sé. No pueo quejarme, no debo quejarme y, sin embargo, no soy to lo felí que debiera sé en mi felisidá.

Clotilde. ¿Por qué? ¿Acaso Luisón?...

Pepita. Luisón—yo lo comprendo—echa de menos en mí muchas cosas que yo no pueo darle. Pà amiga suya estaba bien; pa su mujé soy poco. Se casó conmigo por legitimá ar niño, por legarle su nombre y sus apeyíos, como un hombre honrao que es; pero, ahora, ar cabo der tiempo... ¡Qué se yo, Clotirde! Paese como si estuviera arrepentío der paso dao. Er no me dise ná, ni me habla de ná, pero yo lo veo y ya es bastante.

Clotilde. ¡Mira no sean figuraciones tuyas!

Pepita. ¡Ojalá, que una losa me quitaba de ensima; pero no, Clotirde, no son figurasiones!

Clotilde. ¡Vaya por Dios!

Pepita. Y tú ¿qué? ¿Qué te hases ahora?

Clotilde. Pues, chica, lo de siempre. Es decir, lo de siempre, no; que va ya pa cinco meses que estoy con Perico Valenzuela, que me ha puesto un piso que es una jaula de oro—pa eso le sobrán los millones—y que me tiene a qué quieres boca.

Pepita. ¡Qué me alegro, mujé!

Clotilde. Pero, hija, me trae frita con sus gansás. No he visto en mi vida un tío más bestia. ¡A lo mejor se enreda a darles bocaos a los cortinones, hasta que les saca el pedazo! ¡Eso no es un hombre, que es un perro rabioso!

(Se ríen las dos. Por la derecha del hall aparece LUISÓN SANTILLANA, que pone gesto de vinagre al encontrarse a Pepita con Clotilde.)

Luisón. ¡Clotilde!
Clotilde. (Campechanamente.) ¡Hola, Luisón!
Luisón. (Con acritud.) ¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo estás tú aquí?
Clotilde. ¡Chico, qué preguntas!
Pepita. Nos hemos encontrao casuarmente.
Luisón. ¡Casualmente!
Clotilde. (Comprendiendo.) Mira, Luisón, si te molesta, te va a molestar poco, porque yo me voy ya. (Se levanta.)
Pepita. ¿Tan pronto, mujé?
Clotilde. Sí, chica; no me gusta estorbar. Y a tu marido, por lo visto, no le ha hecho mucha gracia encontrarme contigo.
Luisón. (Suavizando.) No es eso, Clotilde.
Clotilde. ¿Qué va a ser, entonces? ¡Ni que una fuera tonta! ¡Adiós, Pepita! Y dispensa, tú, que no lo haré más. Si lo sé, no me acerco.
Luisón. Será lo mejor para otra vez.
Clotilde. ¿Más claro?
Pepita. ¡Luis!
Clotilde. ¡Déjalo, chica! Está en su derecho. ¡Diferencia va de otras veces! Pero así es el mundo. Vuelvo a repetirte que perdones. ¡Buenas tardes! (Y sale por la derecha de la galería, entre acongojada y llorosa.)
Pepita. (Yendo detrás de Clotilde.) ¡Clotirde!
Luisón. (Sujetándola de un brazo.) ¡Tú, quieta aquí!
Pepita. ¡Luisón!
Luisón. ¿Cómo sigues tratándote con esa golfa? ¿Es que te has olvidado de quien eres? ¡Pues, eres mi mujer!
Pepita. No, Luis; no soy tu mujé, que soy tu esclava. Tó lo más la madre de tu hijo. Si fuera tu mujé tendrías conmigo unas consideraciones que no tienes, me yevarías contigo adonde no me yevas.

Luisón. ¿Es así como estimas el nombre que te he dado?

Pepita. En fuerza de refregármelo tanto por la cara acabaré por ni siquiera agradecértelo.

Luisón. ¡De nadie es la culpa más que mía!

Pepita. Y una cosa te digo, Luisón; yo no he nasío pa monja. Enserrá por tu gusto estoy entre las cuatro paredes de tu casa, pero yo nesesito salí, respirá, que me dé el aire, hablá con la gente. Y ya que te avergüensas de yevarme a arterná con los de tu iguá, deja, ar menos, que trate con los der mío; que a martirisarme der modo que me martirisas es a lo que no tienes ningún derecho.

Luisón. ¿Y tú sí para ponerme en evidencia admitiendo en público el trato de una mujer como Clotilde?

Pepita. Clotirde ha sío siempre una amiga mía.

Luisón. ¡Antes!

Pepita. Y ahora; que en er cariño no entra pa ná la posisión que cá uno ocupe.

Luisón. No entiendo esa teoría.

Pepita. Pos peó pa ti si no la entiendes.

Luisón. (Después de mirar hacia la derecha.) ¡Silencio, que llega Rafael!

(En efecto, por la derecha del hall, aparece RAFAEL, que corre, jubiloso y sonriente, a saludar a Pepita.)

Rafael. ¡Amiga mía! ¿Qué tal? ¿Cómo vamos?

Pepita. ¡Ya ve usté! Como siempre.

Rafael. Es verdad; como siempre. ¡Guapísima!

Pepita. ¡Por Dios!

Luisón. No me la envanezcas.

Rafael. Descuida.

Pepita. Usté si que está bien. ¡Vaya güen coló! Se conose que le ha probao Turquía.

Rafael. ¡Me ha probado, como usted dice!

Pepita. ¿Y Pastora?

Rafael. En Sevilla.

Pepita. ¿En Seviya?

Rafael. Tras una ausencia de cerca de tres años era lógico que la mujer sintiese el natural deseo de ver a los suyos y allí se ha ido a pasar las Navidades. Hasta después de Reyes no la espero.

Luisón. Luego eso quiere significar que continúa el idilio.

Rafael. ¡Te diré!

Luisón. ¡Ah! ¿No? ¿Qué ocurre? ¿Hastío? ¿Cansancio? ¿Diferencia de caracteres?

Rafael. Incompatibilidad de mi carrera con la vida irregular, querido Luisón. ¡Es imposible, chico! Sólo yo sé los compromisos a que me he visto expuesto durante el tiempo que he estado en Constantinopla. Por estas y otras razones, no tendría nada de extraño que, a la vuelta de Pastora, liquidásemos de común acuerdo la sociedad matrimonial.

Pepita. ¿De veras? ¡Qué lástima! ¡Pobre muchacha! ¡Con lo güena que es!... ¿Por qué no hase usté lo que Luisón conmigo? ¡Cásese usté con eya!

Luisón. (Rápidamente.) ¡No!

Pepita. ¿Eh?

Luisón. ¡Perdón! (¡Me ha salido del alma!)

Pepita. ¡Cuarquiera que te oiga!...

(Por la derecha de la galería aparece PEPE SANDOVAL.)

Pepe Sandoval. (Dirigiéndose con los brazos abiertos a Rafael.) ¡Rafaelito! ¡Hijo!

Rafael. ¡Don Pepe! (Se abrazan efusivamente.) ¿Ha recibido usted mi carta?

Pepe Sandoval. En este instante, y me ha faltado tiempo para coger un taxi y presentarme aquí. (Saludando a Pepita y a Luisón.) ¿Qué tal, señora? ¡Hola, Luisón!

Luisón. ¡Felices, querido Sandoval!

Pepe Sandoval. (De pie, a Rafael, mientras Luisón habla sentado en el sofá de la izquierda con Pepita.) ¿Cuándo has venido?

Rafael. A Madrid, esta mañana. En España estoy desde el diez y ocho. Me he detenido unos días en Valladolid para darles un abrazo a los viejos.

Pepe Sandoval. ¡Bueno, muchacho! Y ¿cómo te ha ido por esas tierras?

Rafael. ¡Imagínese usted! (Continúan departiendo en voz baja.)

Luisón. (A Pepita.) ¿Hablaste con tu madre?

Pepita. Sí.

Luisón. Y ¿qué?

Pepita. Que ha dao la casolidá de que er tío José estaba en casa...

Luisón. ¡Espantárame yo!

Pepita. Y que ya no debe tardá.

Luisón. Entonces, hija, ten la bondad de salir a esperarle y cuando llegue me avisas. Todo antes de que se nos entre aquí de rondón y nos dé el espectáculo.

Pepita. Como quieras. (Se levanta.)

Luisón. (Levantándose también y acompañando a Pepita hasta la derecha de la galería.) Anda, sí; sé buenecita, que Dios te lo pagará. Comprenderás que no está el tío José como para ser presentado a un diplomático...

Pepita. (A Rafael y a Pepe Sandoval.) ¡Hasta ahora!

Rafael. ¿Se marcha usted?

Luisón. No se va, no; vuelve en seguida.

(Pepita desaparece por la derecha de la galería. Luisón se acerca a Rafael y a Pepe Sandoval.)

Rafael. (Dándole a Luisón una cariñosa palmadita en la espalda.) ¡Bien, Luisón! ¡Bien, hombre! ¿De modo que casado?

Luisón. ¡Por el chico!

Rafael. ¿Cómo por el chico? Pero, ¿es que tienes un hijo?

Luisón. ¿No te lo he dicho? ¡Una bendición de Dios, un ángel del cielo! Por él he cometido esta locura, por él he llegado a abdicar hasta de mis convicciones más firmes. ¡Un hijo! ¿Tú sabes lo que es ésto, Rafael? Ya lo sabrás, ya lo sabrás y verás que en el mundo no hay nada comparable. En fin, ¿qué más que haberme casado yo? Con esto te lo explico todo. Pensar que mi Luisín pudiera ir al Instituto y no supiera decirle a sus compañeros quién era su padre, me horripilaba. Y esta idea, que acaso te parezca absurda, es la que me ha llevado al matrimonio.

Rafael. No me sorprende. Siempre has sido un hombre de corazón abierto. ¡Mala cabeza, pero buen corazón!

Luisón. Por el chico paso carros y carretas y por él me veo como me veo. Porque, ahora que estamos solos, en el seno de la intimidad, he de confesaros que mi casa es un infierno. Allí mi suegra, allí mi suegro, allí mis cuñados, que son catorce; allí los tíos de mi mujer y los primos de mi mujer y los sobrinos de mi mujer... ¡Qué sé yo! Y todos a mi costa.

Pepe Sandoval. ¡Qué horror!

Rafael. Pero, oye, oye, Luisón; si mal no recuerdo, tú me habías asegurado, ponderándome las excelencias de Pepita, que era sola en el mundo. Hasta me parece que fueron estas tus palabras: «la mosca blanca, la paloma azul, la mujer ideal, sin padre, ni madre, ni perrito que le ladre».

Luisón. Sí, hijo, sí. ¡Eso creía yo! Y sola fué hasta que nos echaron las bendiciones; pero, a partir de entonces, empezaron a llover sobre mí allegados y parientes, que ríete tú de las familias más numerosas de los santos Patriarcas de que nos hablan los sagrados libros. ¡Caballero solo que desea pensión, si lo comparas con la ascendencia de mi mujer! ¡Un espanto, chicos! Y qué clase de gente. ¡Os juro que estoy pasando la rueda de las navajas!

Pepe Sandoval. Inconvenientes de no hacer las cosas a derechas, Luisón. Si a tu tiempo te hubieses unido con quien debías no te sucedería ahora lo que te sucede.

Luisón. Cierto que no; pero, ¿quién pensaba en casarse, ni quién pudo imaginar nunca que Pepita, al cabo de los años, saliese con un rorro? ¡El chico, el chico es el que me ha matado!

Rafael. Y tu hermana ¿qué? ¿Cómo ha tomado esto de tu matrimonio?

Luisón. ¿Mi hermana? ¡Figúrate! Legalizada mi situación y puesto yo, como ella dice, dentro del seno de la Iglesia, tanto le da de mi ventura como de mi infortunio. ¡Encantada la tienes con Pepita, con el chico y conmigo! Después de todo, a ella, ¿qué le importa?

(PEPITA LA GITANA asoma la cabeza por la derecha de la galería.)

Pepita. ¿Luis?

Luisón. ¿Está ya ahí? Voy al momento. (Pepita se retira.) Con permiso. Perdonad un instante. Es un pariente de mi mujer al que voy a ver si meto aquí de camarero. ¡Ya observaréis qué tipo! Por la muestra os podréis dar idea de la familia que me ha cabido en suerte. ¡Una delicia, un edén! (Vase por la derecha de la galería.)

Rafael. ¡Pobre Luisón!

Pepe Sandoval. ¡El se lo ha buscado! ¿A quién se queja?

(De derecha a izquierda cruzan la galería PEPITA LA GITANA, JOSELITO y LUISÓN SANTILLANA, en el orden en que han sido nombrados. Joselito es un gitano de cuarenta años, de tez cobriza y flamencos modales. Viste traje de americana y lleva en la mano el sombrero de ala ancha.)

Pepita. ¡Pasa, Joselito, pasa! (Desaparece por la izquierda.)

Joselito. (Saludando al pasar por la galeria a Rafael y a Pepe Sandoval con grotesca ceremonia.) ¡A las güenas tardes, cabayeros! (Desaparece tras de Pepita.)

Rafael. Buenas tardes.

Pepe Sandoval. Buenas tardes.

Luisón. (Refiriéndose a Joselito.) ¿Qué tal? (Señalando hacia la izquierda.) ¡Míster Europa! (Desaparece por la izquierda entre las carcajadas de Rafael y de Pepe Sandoval.)

Pepe Sandoval. Francamente que si no fuera trágico, resultaría cómico.

Rafael. ¿Quién lo iba a sospechar? ¡Luisón Santillana, el enemigo acérrimo del matrimonio, el de las teorías disolventes, casado con Pepita la Gitana! He necesitado verlo para creerlo.

Pepe Sandoval. Esos caen primero y generalmente caen en lo peor.

Rafael. Yo me hago cruces...

Pepe Sandoval. Con tal de que te sirva de ejemplo...

Rafael. ¡Y de qué forma, don José! Frío me da al solo pensamiento de que también yo he podido verme envuelto en redes semejantes. Menos mal que la mocita que me encajaron está en Sevilla y que cuando venga no me encontrará aquí. Y si me encuentra, como si no me encontrara. Alguna vez hemos de escarmentar en cabeza ajena. ¡A Lolita me vuelvo, a mi pobre Lolita, en la que no he dejado de pensar ni un solo día! Puede usted creerme, don José.

Pepe Sandoval. ¿Sabes que murió su madre, a poco de marcharte tú, y que ahora vive recogida en casa de la Marquesa?

Rafael. ¡Infeliz muchacha! ¿Qué pensará de mí? ¡Qué idea tan mezquina tendrá de mi persona! ¡Y con

razón! Fué demasiado villanesco mi proceder aquella tarde y al día siguiente, que ni siquiera hice por verla, como le había prometido. ¡Ni aún tuve la delicadeza de despedirme de ella, antes de salir para Turquía, encalabrinado con los arrumacos de Pastora! Fuí un canalla, un miserable. Por muy mala opinión que ella tenga de mi comportamiento en aquella ocasión, no podrá ni presumir que es mucho peor mi propio juicio. ¡Ardo en deseos de verla, don José!

Pepe Sandoval. Es posible que esta noche venga con la de Ardales al reveillón.

Rafael. Me arrojaré a sus pies en cuanto la encuentre. Y tal acento de sinceridad he de poner en mis palabras que estoy seguro de que me absolverá de lo pasado.

Pepe Sandoval. Así sea para bien de tus nervios.

Rafael. ¡Son dos años, don José, pensando en lo mismo, avivado el recuerdo y engrandecida la figura por la distancia; dos años de obsesión y de martirio, amarrado al deber, que me impedía regresar a España y siempre temeroso de que la felicidad que toqué con mis manos, que pudo ser mía y que por estupidez dejé marchar, otro me la arrebatase! A dos cartas apasionadas que le escribí no dió respuesta, naturalmente ofendida. Y en tanto el cerebro, convertido en una devanadera, sin conseguir acallar, con su girar de tolva, los latidos del corazon.

Pepe Sandoval. ¡Chico, estás hecho un galán de comedia cursi! Cada párrafo levantado me estás soltando que no sé si tendré paciencia para seguirte escuchando en ese tono.

Rafael. (Con desaliento.) ¿Se burla usted, don José?

Pepe Sandoval. No, chiquillo; no me burlo. ¡Qué me he de burlar! Al contrario; me satisface oírte, porque ello me prueba que tienes nervios, y sangre, y corazón, y que quieres a una mujer como quieren los hombres: con pasión y con brío, cosas ambas que hoy ya, por desgracia, no se estilan en la juventud que disfrutamos. ¡Qué me he de burlar!

(Por la derecha de la galería entra en escena MUNDA SANTILLANA.)

Rafael. (En tono confidencial a Pepe Sandoval al ver a Munda Santillana.) ¡La Marquesa!

Munda. (Reconociendo a sus amigos.) ¡Caramba, qué grata sorpresa! ¡Amigo Sandoval! ¡Señor de Martos!

Pepe Sandoval. Marquesa...

Rafael. Marquesa...

Munda. (A Rafael.) ¿Usted por Madrid?

Rafael. He venido con licencia.

Munda. Y ¿cómo no ha ido a vernos, ingrato?

Rafael. Temía molestar.

Munda. El que teme, algo debe.

Rafael. ¡Quizás!

Munda. Hubiera usted llevado una alegría... Vamos, alegría no sé, después de aquella espantada, con todos los caracteres de una fuga...

Rafael. ¡Marquesa!

Munda. Lolita Andréu vive ahora con nosotros. Murió su madre...

Rafael. Ya me lo ha dicho Sandoval.

Munda. Luego eso demuestra que se ha interesado usted por ella.

Rafael. ¿Cómo que si me he interesado, si casi mi viaje no tiene otro objeto que el de verla y hablarla?

Munda. ¡Que me place esa actitud! De los arrepentidos es el reino de los cielos. Pues, ya nos pondremos de acuerdo. ¿Viene usted esta noche al reveillón?

Rafael. ¿Vendrá Lolita?

Munda. Yo le pregunto si viene usted.

Rafael. ¡Ah! Sí, señora Perdón.

Munda. Pues, aquí charlaremos. No crea usted que la cosa está tan mollar como hace dos años.

Rafael. ¡Ah! ¿No?

Munda. No, amigo mío. Entonces sufrió Lolita un desengaño terrible y hoy ya ni siquiera me atrevo a asegurarle que se acuerde de usted. Hay, además, para mayor complicación de su pleito, un pretendiente que la ronda...

Rafael. ¿Cómo? ¿Un pretendiente dice usted, marquesa?

Munda, ¿De qué se extraña, señor mío? No es Lolita grano de anís, ni costal de paja, para que no pueda tener a más de un hombre enamorado.

Rafael. Lleva usted razón. Y ese fué mi temor de siempre que, por desgracia, veo confirmado ahora.

Munda. Pero no se preocupe usted demasiado. El pretendiente no es muy del agrado de mi protegida,

aunque tampoco me atreva yo a afirmar que ella le ponga mala cara... En fin, ya hablaremos, amigo Martos, ya hablaremos. ¡Estos pollos, querido Sandoval!...

Pepe Sandoval. Locuras de juventud, que suelen costar caras, marquesa.

Rafael. Me deja usted una espina clavada en el corazón.

Munda. Eso es bueno, eso demuestra que la quiere y... ¡Quién sabe! No hay que desesperar todavía. Venga esta noche al Royal y aquí hablaremos. Para su tranquilidad sepa usted, por lo menos, que me tiene completamente de su parte.

Rafael. ¡No es poco, marquesa!

Munda. Pero no es todo, sin embargo; que en este asunto es Lolita y no yo quien ha de decidir.

Rafael. ¡Desde luego!

(Por la izquierda de la galería salen PEPITA LA GITANA y LUISÓN SANTILLANA.)

Luisón. (A Pepita.) ¡Anda! ¡Pero si tenemos aquí a Munda!

Munda. (Saludando efusivamente al matrimonio.) ¡Pepita! ¡Luisón!

Luisón. ¡Querida hermana!

Pepita. ¿Cómo está usted?

Munda. Pero, chica, ¿de usted? ¿A tu hermana, de usted?

Pepita. De tú no me atrevo. Usted es quien es y yo quien soy.

Munda. ¡Bah, bah! ¡Qué criatura ésta! Tú eres mi hermana, ante Dios y los hombres, desde punto y hora que te casaste con éste y como hermanas hemos de tratarnos. ¡Qué tontería! ¿Y el chico?

Luisón. ¡Hecho un sol! Con unos ojazos y unos mollеritos y unos mofletes...

Pepita Se le va er juisio hablando der crío.

Munda. ¡A ver cuando le lleváis por casa!

Luisón. Ya le llevaremos, ya le llevaremos.

Munda. Salís muy poco. Desde que estáis casados, que casi no se os ve en ninguna parte.

Pepita Luisón, que rehusa de yevarme.

Munda. Y eso ¿por qué? Si cuando no eras su mujer y debiera haberse recatado, te lucía en los sitios

más públicos, ¿por qué ahora ese retraimiento? Opino que haces mal, Luisón, y que no tienes para Pepita el comportamiento de un buen esposo.

Pepita. Me alegro de que usté se lo diga.

Munda. ¡Y dale con el usted, muchacha!

Pepita. Perdone.

Munda. Tu proceder es absolutamente injusto, Luisón.

Luisón. Pero, ¿cómo quieres que presente a Pepita en sociedad? ¿Para que le tomen el pelo? ¿Para que se burlen de mí?

Munda. Eso, haberlo mirado antes. En este caso, toda la razón está de parte de ella.

Pepita. Ya ve; le había pedío que me trajese esta noche a la sena der Royar y se me ha negao en rotundo.

Munda. ¡Ah! ¡Pues, no! Si quieres venir esta noche al Royal y tu marido no quiere traerte, vendrás conmigo.

Luisón. ¡Munda!

Munda. ¡Vendrá conmigo, Luisón!

Pepita. No, señora. Muchas grasias. Si ér no es gustoso...

Munda. ¡Vendrás conmigo, te digo! A las nueve pasaré por tu casa a recogerte. ¡No faltaba más!

Luisón. (En tono confidencial a Munda.) Pero, ¿qué pretendes?

Munda. ¡Que cumplas con tus deberes de marido! Te hubieras casado con una mujer digna de ti y no tendrías de qué avergonzarte. No lo hiciste, y justo es que sufras las consecuencias.

Luisón. ¡Munda!

Munda.

«Tú lo quisiste,
fraile mostén;
tú lo quisiste,
tú te lo ten.»

Luisón. ¡Bueno; contigo es imposible discutir! (Cortando por lo sano y cogiendo a su mujer del brazo.) ¡Vamos, Pepita! ¡Buenas tardes a todos!

Pepita. Buenas tardes.

Rafael. ¡Adiós, Luisón!

Pepe Sandoval. ¡Adiós, hombre!

Munda. ¡Adiós, Pepita! ¡Hasta luego!

Luisón. (A Pepita, mientras se dirige con ella hacia la derecha de la galería.) Comprenderás que hay cosas que se dan de cachetes. ¡Tú en el reveillón y tu tío sirviendo los platos! ¡Vamos, es risible! ¡Son ganas de correr el ridículo! (Desaparecen los dos.)

Munda. (A Rafael, refiriéndose a Luisón.) ¡Ahí le tiene! El pollo *cañón* convertido en escopeta de juguete. Tome nota, Rafael, tome nota.

Rafael. Ya, ya, marquesa. ¿Qué me va usted a decir?...

(Por la derecha de la galería entran en escena LOLITA ANDREU y CHUCHITA.)

Chuchita. (A Lolita y refiriéndose a Munda.) ¿Ves como estaba, tonta?

Rafael. (¡Lolita!)

Lolita. (¡Rafael!)

Munda. (¡Las chicas! Con esto no contaba yo.) (A Lolita y a Chuchita.) ¿Cómo vosotras?

Chuchita. Que hemos ido a Viena, como quedamos, y al no encontrarte allí, supuse yo que estarías en el Royal y no me he equivocado.

Munda. (Señalando a Rafael y a Pepe Sandoval.) ¿No habéis visto?...

Chuchita. ¡Hola, don Pepe!

Pepe Sandoval. ¡Chuchita! ¡Lolita!

Rafael. (Dándole la mano a Chuchita.) ¡Señorita!... (Luego estrecha en silencio la mano de Lolita.)

Munda. (A Chuchita.) Pues, anda, hija, ya que has venido, acompáñame. Vamos a encargarle a Vicente nuestra mesa para esta noche. (A Lolita que se ha unido a ellas.) ¡Tú, quédate!

Lolita. ¡Doña Munda!

Munda. Viene muy cambiado y quiere hablar contigo.

Lolita. ¡Pero, doña Munda!...

Munda. ¡Obedece! ¡Vamos, Chuchita! Sandoval... (Le hace un gesto de que se retire para dejar en libertad a la pareja y Sandoval le contesta con otro dándole a entender que ya está en ello. Munda y Chuchita se marchan por la izquierda del hall, y Pepe Sandoval, haciendo el águila y silbando, se va por la derecha. Quedan de pie y frente a frente, Lolita Andréu y Rafael, ella con la vista en el suelo y él dando muestras de una gran nerviosidad.)

Lolita. (¡Qué bochorno!)

Rafael. (No sé cómo empezar.) (La mira fijamente largo rato, sin que ella le mire a él. Tras la pausa, Rafael, cobrando alientos, avanza un poco hacia Lolita, nombrándola de un modo apasionado.) ¡Lolita!...

Lolita. (Sintiendo la proximidad de Rafael, se rehace, levanta los ojos del suelo y le pregunta con aire lleno de indiferencia y frivolidad, que a él le detiene y le desconcierta.) ¿Muchos días en Madrid?

Rafael. Depende...

Lolita. ¿De qué?

Rafael. ¡De tantas cosas!...

Lolita. Ya.

Rafael. Piense usted que he venido a casarme.

Lolita. ¿A casarse? Me parece muy bien.

Rafael. ¿Le parece a usted bien, Lolita?

Lolita. A mí, sí, señor; pero, vamos, no creo que mi opinión tenga nada que ver en ello.

Rafael. ¡Quién sabe!

Lolita. (Irónica.) ¿Quién sabe? (Indiferente.) ¿Qué hora es?

Rafael. (Desconcertado cada vez más.) ¿Cómo?

Lolita. No, nada. (Mirando su reloj de pulsera.) Las cuatro y cuarto.

Rafael. (En tono suplicante.) ¡Lolita!

Lolita. (Alocadamente.) Habrá usted encontrado Madrid muy transformado, ¿verdad? ¿Ha visto usted la Telefónica? ¡Hermoso edificio! Un poco destartalado, ¿no? Demasiada altura, tal vez.

Rafael. ¡Lolita!

Lolita. ¿Y la casa de la Prensa? ¡Esa sí le habrá satisfecho! Es bonita de línea, con una sobriedad de buen gusto... Lo contrario de Bellas Artes, tan suntuosamente aparatoso...

Rafael. Lolita... ¡Perdón!

Lolita. ¿Qué?

Rafael. ¡Compasión para mí!

Lolita. ¿Cómo?

Rafael. Merezco todo su desprecio y más, pero estoy arrepentido y dispuesto a reparar mi falta.

Lolita. ¿Qué dice?

Rafael. ¡Un poco de caridad tan sólo pido!

Lolita. ¿Compasión? ¿Caridad? ¿Sabe usted que me

dan ganas de abrir el bolso y entregarle a usted una limosna?

Rafael. ¡Que yo aceptaría! ¡Una limosna de afecto, por el amor de Dios!

Lolita. ¡Pero, no! Usted no la necesita. (Riéndose.) ¡Perdone, hermano!

Rafael. ¡Lolita!

Lolita. Va usted a borrarme el nombre. ¿Por qué me habla con ese aire tristón y melancólico? ¿Qué le pasa?

Rafael. ¿Y usted me lo pregunta?

Lolita. Naturalmente. ¿Hay aquí otra persona? Nos han dejado solos...

Rafael. ¡Es verdad! Nos han dejado solos para que usted oyese mis disculpas; no para que se burlase de mí.

Lolita. ¿Burlarme yo? ¿Y de usted? ¡Qué disparate!

Rafael. ¡Por caridad! ¿Quiere usted abandonar, aunque no sea más que por un momento, ese tonillo, mortificante y zumbón, que me irrita y me desconcierta, para contestarme seriamente a una pregunta que he de hacerle?

Lolita. Sí, señor. ¡No faltaba más! Pero, vamos; no sé de dónde saca usted que mi tono sea mortificante ni zumbón. Yo es que estoy alegre y me río no sé por qué. (Se ríe.) ¿Ve usted? Me río sin que acierte a explicar si mi risa es nerviosa o si es que me hace gracia su actitud de tímido colegial y su cara compungida... (Vuelve a reirse.) ¡No sé! Me río. No sé más que esto; que me río.

Rafael. ¡Lolita!

Lolita. Pero, perdone usted. ¡Ya no me río! Pregunte lo que quiera. (Tornando a reírse.) Aguarde. (Seria.) Pregunte usted.

Rafael. ¿No ha recibido usted mis cartas?

Lolita. ¿Sus cartas?

Rafael. Dos, que le escribí desde Turquía, sin merecer respuesta .

Lolita. ¿Dos cartas, dice usted? ¡Quizás! Puede que sí. No sé, no recuerdo ahora. ¡Pero no me mire usted así, criatura, que me vuelve la risa!

Rafael. ¿Es posible, Lolita? ¡Nunca lo hubiera supuesto! ¿Cabe en usted tanta crueldad, tanto rencor, tanto odio contenido!

Lolita. (Sin poderse contener más tiempo y echando por la

calle de enmedio.) ¿Y en usted? ¿Cabe tanto cinismo, tanto desenfado, tanta inconsciencia?

Rafael. ¿En mí?

Lolita. ¡En usted, sí, señor! ¿Qué había usted pensado? ¿Que la mujer que un día le abrió su corazón para mostrarle desnuda la verdad de su vida y recibió por todo pago a su lealtad el sofión de su huída vergonzosa, iba a creer ahora en tardíos arrepentimientos y en palabras de galán de comedia? ¡No, señor Martos! Si me juzgó usted así, se equivocó de medio a medio.

Rafael. Yo le explicaré a usted, Lolita...

Lolita. Pobre soy, pero, a falta de riquezas, tengo otra cosa en gran estima, y es ella, mi propia dignidad. Y mi dignidad de mujer, justamente ofendida, me impide escucharle a usted si pretende hablarme de aquello que murió sin nacer, la tarde de nuestra presentación.

Rafael. ¡Oigame usted, Lolita! Se lo ruego.

Lolita. Por lo tanto, y para evitarnos una situación a todas luces enojosa y difícil, yo le suplico que dejemos aquí la cuestión y que charlemos de cosas indiferentes, si es su gusto, mientras vuelven doña Munda y Chuchita. A ello no me puedo oponer, ni sería cortés que me opusiera. (Adoptando él aire frívolo de antes.) Conque usted me dirá cómo le ha ido por Constantinopla. Bonito país, ¿verdad? Algo pintoresco, abigarrado, ¿no?

Rafael. (Vencido por completo.) ¡Lolita!

(Por la izquierda del hall, salen MUNDA SANTILLANA y CHUCHITA, en plan de marcha.)

Munda. (A Lolita.) Cuando quieras, hija.

Lolita. Cuando usted diga.

Munda. ¡Vamos! (Dándole la mano a Rafael.) Amigo Martos...

Rafael. Marquesa...

Munda. (Cambiando con Rafael una mirada de inteligencia.) ¡Hasta después!

Chuchita. (Desde lejos.) Buenas tardes.

Lolita. (Sin darle la mano a Rafael y con el tono indiferente adoptado.) Buenas tardes.

Chuchita. (A Lolita, después que ha salido Munda por la derecha de la galería.) Oye, ¿qué?

Lolita. ¡Nada!

Chuchita. (Con júbilo.) ¿Nada? (Las dos miran a Rafael que está como petrificado en el centro de la escena y sueltan una larga y prolongada carcajada, desapareciendo cogidas del brazo por la derecha de la galería. Rafael queda solo y avanza hacia el foro como un autómata.)

Rafael. ¡Lolita! (Reaccionando, volviendo hacia atrás, sentándose en el sofá de la derecha, cogiéndose la cabeza con ambas manos y rompiendo a llorar, un llanto amargo de rabia, de celos y desesperación.) ¡Lolita!

(Por la derecha del hall sale PEPE SANDOVAL, y al encontrarse a Rafael en aquella actitud, acude a él, solícito.)

Pepe Sandoval. ¿Qué es eso, muchacho? ¡Rafael! ¡Rafael!

(Rafael continúa llorando. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración de los actos anteriores. La escena dispuesta igual que en el acto primero, con la galería de cristales cerrada y las mesitas del té. Se supone que la acción comienza a las once y media de la noche de fin de año.

—

(Al levantarse el telón aparecen, sentados a la mesa del primer término derecha, RAFAEL y PEPE SANDOVAL, de frac o smoking, tomando unas copas de coñac. En el centro de la escena, VICENTE mira a derecha e izquierda, vigilando el servicio de la cena que se está celebrando en los salones contiguos, de los cuales parte un sordo hervidero. Dentro, y con ligeros intervalos durante todo el acto, se oirá tocar a un sexteto escogidas piezas de música moderna. Luz eléctrica encendida.)

Vicente. (Activando con la voz y dando palmaditas de impaciencia la marcha de JOSELITO, que con un frac prehistórico sale más que de prisa por la derecha del hall con una bandeja llena de platos y de cubiertos sucios y se dirige hacia la izquierda de la galería.) ¡Vivo! ¡Aprisita, que se nos echa encima la hora de las uvas y hay que acabar de servir la cena! ¡Vamos!

Joselito. ¡Va, zeñó, va! (Y sin querer tropieza con la mesa del centro, sobre la que deja caer parte de lo que lleva en la bandeja.) ¡Aguanta!

Vicente. ¡Pero, hombre!...

Joselito. ¡Compadre, zi es que le atonta usté a uno con los gritos! ¡Carma, zeñó, carma! Y a ve zi pué zé que le den un poco de menos briyo ar zuelo, que esto ez andá zobre una luna y ze mata un cristiano; que uno ha entrao aquí de mozo de comedó, pero no de *equislibrista.* (Vase con la bandeja, dando resbalones, por la izquierda de la galería.)

Vicente. ¡Bueno está, hombre, bueno está! En el Alfonso XIII dicen que ha servido. ¡Ni en la Posá e la Soga! ¡Por vida de los compromisos! (Entrando por la izquierda del hall dando órdenes.) ¡A ver! ¡Tú! ¡Bonifacio! ¡Esta mesa! (Desaparece.)

Rafael. ¡Créame usted, don José! Estoy que muerdo. ¡Me pegaría con mi sombra!

Pepe Sandoval. ¡Pero, muchacho!...

Rafael. Hasta ahora no me he enterado yo de lo que me gusta esa mujer, de lo enamorado que me tiene.

Pepe Sandoval. Hasta que has visto la posibilidad de que otro te la quite, ¿no?

Rafael. ¡De eso habría mucho que hablar!

Pepe Sandoval. Chico, yo opino con arreglo a tus informes.

Rafael. Lleva usted razón. Ha sido mucho su desprecio de esta tarde, mucha su indiferencia para que yo trate de forjarme ninguna clase de ilusiones. Es tonto acariciar ni una esperanza. ¡Todo está ya irremisiblemente perdido!

Pepe Sandoval. Todo, no. Aguarda a tu entrevista con la Marquesa. ¿Quién sabe si con su autoridad y sus buenos oficios logrará de Lolita tu perdón? ¡Aguarda, chico, aguarda!

Rafael. ¿Y para qué? Como me decía muy bien doña Munda es Lolita y no ella quien ha de decidir. Y la decisión de Lolita ya la sé, por mi desgracia. Me aborrece, me odia; sólo le inspiro burla o desdén. ¡Si la hubiera usted oído reírse de mí! ¡Si la hubiera usted visto mofarse de mi actitud humilde, de mi gesto doliente y suplicante!... ¡Y esto, no, don Pepe; esto, no! Mañana mismo me vuelvo a Constantinopla, si antes no hago esta noche una locura.

Pepe Sandoval. ¡Nunca, chiquillo; jamás!

Rafael. (Levantándose exaltado.) ¡Pues, vámonos!

Pepe Sandoval. (Asustado.) ¿A Constantinopla?

Rafael. ¡Acompáñeme usted!

Pepe Sandoval. Pero ¿a dónde?

Rafael. Adonde sea; lejos de aquí, porque no sé si me quedará un resto de paciencia para seguirla viendo un minuto más de cuchicheo con ese zascandil de Juan María.

Pepe Sandoval. Y ¿a qué la miras? (Se levanta.) Cámbiate conmigo; dale la espalda. Irnos del salón sin hablar con la Marquesa no me parece lógico ni oportuno. (Ofreciéndole su asiento.) Siéntate en mi sitio y cálmate, muchacho, cálmate. ¡Eres de una vehemencia que avasalla! (Volviendo a ofrecerle su puesto.) ¡Siéntate en mi sitio!

Rafael. (Mirando con delectación morbosa hacia la derecha del hall, donde se supone que está Lolita de palique con Juan María.) ¿En su sitio? No sé qué es peor: si verla con otro o dejar de verla.

Pepe Sandoval. (¡Anda, morena!)

Rafael. Siéntese usted.

Pepe Sandoval. (Sentándose donde estaba.) Como gustes.

Rafael. (Sentándose también donde estaba.) Procuraré contenerme.

Pepe Sandoval. Sí, hijo, procúralo; porque es que me traes en vilo hace ocho horas.

Rafael. Perdóneme usted.

Pepe Sandoval. Estás perdonado, pero a condición de que te reprimas.

Rafael. Lo intentaré. (Pausa.) Le he tomado una antipatía a Luisón que casi me alegro de todo el mal que le sucede.

Pepe Sandoval. ¿Y eso? ¡Pobre Luisón!

Rafael. ¡Pero, no! En realidad ¿qué culpa tiene él? La culpa es mía, sólo mía, por dármelas de pillín aquella tarde, de pollo *cañón* para no desentonar en el ambiente que me rodeaba. ¡Mire usted que yo metido en aventuras!... Y es que no tengo voluntad, que de mí hace todo el mundo lo que quiere. Merezco mi castigo por idiota; por imbécil, lo merezco. Le juro a usted que me daría de puñadas. ¡Estúpido de mí, cien veces estúpido!

(Por la izquierda del hall vuelve VICENTE a tiempo de que por la izquierda de la galería torna JOSELITO con un pollo asado en una bandeja y haciendo los mismos equilibrios de antes para poder andar por el parquet.)

Vicente. (Avivando con palmitas, como la vez anterior, el paso de Joselito, que se dirige hacia la derecha del hall.) ¡Vamos, vamos!

Joselito. ¡Ya va, zeñó; ya va!

Vicente. ¡Pronto! ¡A ver cómo llega ese pollo!

Joselito. ¡Volando! (Y en este momento patina nuestro hombre, resbala el pollo en la bandeja y entra solo y disparado como una flecha por la derecha del hall, causando el natural asombro de los concurrentes.) ¡Mi madre! (Joselito, dando traspiés, corre detrás del pollo y desaparece por la derecha del hall.)

Vicente. (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Azúcar de pilón! ¡Pero, alelao!... (Desaparece también por la derecha del hall corriendo detrás de Joselito. Hay una pequeña pausa durante la cual se oyen dentro risas y murmullos indicadores del regocijo que ha producido en los comensales la llegada por el aire de un pollo asado. Por la derecha del hall sale a escena LUISÓN SANTILLANA, de frac y tapándose la boca con un pañuelo para contener la risa.)

Luisón. (Dirigiéndose a Rafael y a Pepe Sandoval.) Es un tozudo de la hilaridad este pobre pariente de mi mujer. Acaba de mandar un pollo asado a la pechera de un Magistrado del Supremo. Excuso deciros que está haciendo las delicias de los comensales. Si yo llego a adivinar sus condiciones de augusto de soirée se lo recomiendo a Parish antes que a Vicente. (Se sienta a la mesa con sus amigos.) ¡Señores, qué calor! No podía más; me axfisiaba en el comedor. Hay una atmósfera imposible. Y entre la atmósfera y mi mujer, que está de una verbosidad aterradora, aunque no dice más que desatinos y confunde conceptos y palabras, a poco si me da una congestión.

Rafael. Lo creo. ¡Pobre amigo mío!

Pepe Sandoval. Has muerto como el calamar: guisado en tu propia salsa.

Luisón. ¡Ay, Sandoval, si las cosas se pudieran hacer dos veces en la vida!

Pepe Sandoval. ¡Toma, toma!

Luisón. Lo que yo no me explico es por qué mi hermana, tan remilgada en todo, ha querido traernos aquí esta noche. Como no sea para darme en la cabeza...

Pepe Sandoval. Cabe en lo posible.

Luisón. Quizás en su deseo de hacerme notar una vez más la pifia cometida... ¡Casi seguro! Hay que conocer a Munda. Ahora, que si no es por el chico, os re-

pito, que ¿de dónde me leen a mí la Epístola de San Pablo? ¡Que eso es, precisamente, lo que mi hermana no sabe! Os juro que estoy corrido como una mona, que me parece que todos son a señalarme con el dedo. ¡No te cases nunca, Rafael! (Señalando a Pepe Sandoval.) Imita a éste. Y si te casas, cásate con una mujer de la que no tengas que ruborizarte.

Rafael. ¡Ya estoy en ello, ya! Me bastaría tu ejemplo, si hubiera sido otra mi condición, para no pensar de otra manera.

(Por la derecha del hall sale JOSELITO y se acerca a la mesa que ocupan Rafael, Luisón y Pepe Sandoval.)

Joselito. ¿Qué va a zé? (Reconociendo a Luisón.) ¡Hola, zobrino!

Luisón. ¡Caramba! ¡Don José!

Joselito. ¡Pa zerví a los cabayeros!

Luisón. ¿Y el pollo?

Joselito. ¡Por zu zalú, no me lo nombre usté ziquiera!

Luisón. ¡Bueno, hombre! Tráigame usted café y una copita de coñac.

Joselito. De seguía. ¿Aquí, los cabayeros, no quieren tomá arguna coza?

Pepe Sandoval. Muchas gracias.

Rafael. Ya hemos tomado.

Joselito. No ez obligación. Están los cabayeros en zu caza. (Vase dando patinazos por la izquierda del hall.)

Rafael. Esto es gracioso.

Pepe Sandoval. ¿Le parece a usted? ¡Qué fantoche!

Luisón. ¡El tío de Pepita! ¡Imaginaos mi situación!

Rafael. ¡Sí que estás divertido!

Luisón. ¿Cómo divertido? Estoy que el mejor día cojo al chico y me voy con él a Los Ángeles a hacer películas. ¡No te digo más!

Rafael. Oye, y este buen señor ¿es hermano del padre o de la madre de tu mujer?

Luisón. Del padre. Se me presentó esta mañana en mi domicilio con ánimo de instalarse allí, porque, a las resultas, la familia de Pepita se ha creído que mi casa es la Posada del Peine, y yo, para quitármelo de encima, le he colocado aquí de camarero, como habéis visto esta tarde, sin sospechar ni remotamente que a mi herma-

na se le iba a ocurrir la malhadada idea de obligarnos a venir al reveillón. Y entre él y mi mujer me están dando la noche.

(Por la izquierda del hall sale JOSELITO con el servicio pedido.)

Joselito. ¡Er cafelito y er coñaque! (Lo sirve.)

Luisón. ¡Sea por el cafelito! (Saca un billete de cien pesetas y se lo da a Joselito.) Tenga usted y cóbrelo todo.

Rafael. ¡No, Luisón!

Luisón. ¿Qué más da?

Joselito. Déjelo er cabayero, que pa ezo le zobran los parnezes. (Guardándose el billete.) Muchas gracias, zobrino.

Luisón. Pero, ¿cómo gracias? ¡Afloje usted la vuelta!

Joselito. ¿La güerta? Pero ¿es que un zobrino va a armití la güerta de un tío?

Luisón. ¡Ay, qué salero! ¡Claro que sí! Como que si no la admitiera no sería un sobrino, sino un primo. ¡Suelte usted aquí la vuelta!

Joselito. (Dándole el cambio del billete después de haber co brado lo servido.) ¡Ahí va, zeñó!

Luisón. (Dándole dos pesetas de propina.) Para usted.

Joselito. (Mirando con desprecio la dádiva.) (¡Dos pezetas! ¡Valiente propina! Y esto ¿ez un marqués? ¡Esto ez un noviyero de norturnas!) (Vase refunfuñando por la izquierda del hall.)

Luisón. ¿Qué os parece el socio?

Pepe Sandoval. ¡Que sí que es un tío!

Luisón. ¡Pero que un tío fresco! Pues, ¿no se quería quedar con el billete?

(Por la derecha del hall salen en amable coloquio, LOLITA ANDREU y CHUCHITA, del brazo, y junto a Lolita, JUAN MARIA. Chuchita se separa de Lolita para acercarse a Luisón, mientras Juan Maria y Lolita continúan andando hasta que se detienen cerca de la mesa del primer término izquierda. Rafael, cuando ve a Lolita con Juan María, no puede disimular su contrariedad. Lolita y Juan María ni siquiera dirigen la vista a la mesa donde están sentados Rafael, Luisón y Pepe Sandoval.)

Chuchita. Oye, tío Luis; de parte de mamá que hagas el favor de acercarte allí un momento.

Luisón. Supongo que no será tan urgente la cosa que no me permita tomarme antes el café, que ya me han servido.

Chuchita. De eso, no sé. Yo cumplo lo que me han dicho. Ahora, allá tú.

Luisón. Perfectamente.

(Chuchita se dirige hacia donde están Lolita y Juan María.)

Juan María. (A Lolita.) ¿Nos sentamos aquí?

Lolita. Hemos salido a que nos dé el aire, pero, en fin, lo que tú quieras. Me es igual.

Juan María. (A Chuchita, que llega en este instante.) ¿Nos sentamos, Chuchita?

Chuchita. Bueno.

(Se sientan los tres a la mesa del primer término izquierda; Juan María al lado de Lolita, y Chuchita un poco al margen de la pareja. Chuchita, para disimular de alguna manera su desairado papel de acompañante de novios, abre su bolso y se dedica a darse carmín en los labios y polvos en la cara.)

Pepe Sandoval. ¿Qué te pasa, Rafael?

Rafael. ¿Qué ha de pasarme? Ya lo ven ustedes. ¡Ni mirarme siquiera, ni por cortesía decirme buenas noches! Es horrible, horrible.

Luisón. Te exaltas sin razón, Rafael. No es Juan María tan temible rival como para que tú llegues a esos extremos.

Rafael. ¡Ah! ¿No?

Luisón. No. La condición moral de tu adversario no puede ser del gusto de Lolita.

Rafael. Y, sin embargo, ahí la tienes. ¡Comiéndoselo con los ojos!

Luisón. No importa. Se lo come, pero no lo digiere.

Juan María. (A Lolita, que se ha quedado un punto abstraída en sus pensamientos.) ¿Me atiendes o no me atiendes?

Lolita. (Volviendo en sí, sobresaltada.) ¡Jesús, hijo!

Juan María. Estás aquí y allí y en veinte sitios, menos en lo que hablamos.

Lolita. ¡Ay, Juan María! ¿Sabes que te vas poniendo muy tonto?

Juan María. (Con despecho.) Desde que has visto al diplomático, que ya no eres la misma. Y después de la faena que te hizo, mucho que se merece el hombre que tú te pongas ahora a bailarle el agua.

Lolita. ¿Yo?

Juan María. Mientras peor se os trata, mejor os portais. Por supuesto, la culpa es de uno.

Lolita. (Con acritud.) Para un poco, Juan María; para un poco y contéstame. ¿Se puede saber qué derecho tienes tú para hablarme de esa forma?

Juan María. ¡El de mi cariño! ¿No es bastante?

Lolita. (Con una sonrisa de amargura.) ¿Tu cariño? ¡Vamos, hombre! No me hagas reír. ¿Quererme tú? El diablo, harto de carne...

Juan María. ¿Lo dudas? (Lolita asiente con la cabeza.) Entonces, ¿a qué me has hecho concebir ilusiones?

Lolita. ¿Yo?

Juan María. ¿A qué me has consentido en la idea de que algún día podría llamarte mi mujer?

Lolita. ¡Por Dios, Juan María! Pero, ¿quién ha pensado jamás en ese absurdo? Sin duda lo abundante de la cena te ha hecho cargar la mano en el vino...

Juan María. ¡Pues borracho no estoy!

Lolita. Pon trastornado.

Juan María. ¡Trastornado! Ya es una salida. ¡Así sois las mujeres; coquetas, veleidosas, del último que llega! Y luego os quejais de nuestro desprecio. ¿Merecéis otra cosa?

Lolita. ¡Cuidado, Juan María! Mira lo que dices. Vuelve en ti y recuerda los detalles de nuestra actuación amorosa, si así quieres llamarla, para que veas que, en este caso, no tienes razón ninguna de tu parte. Una noche, reciente la muerte de mi madre, asomados tú y yo al balcón del gabinete de doña Munda, hago memoria que me dijiste: Lolita, si tú me quisieras, yo sería capaz de cambiar mi vida; trabajaría, volvería a ser el de otros tiempos. Yo, pensando en la madre que acababa de perder, me acordé de la tuya y figurándome el gozo que representaría para tu pobre vieja el que su hijo tornase a las buenas costumbres, abandonando la vida de señorito ocioso y bullanguero que llevaba, tengo presente que te contesté: ¡pues, empieza! Y ya no hablamos más. A partir de entonces, tú me has asediado a diario, me has acompañado a todas partes, te has convertido en mi sombra, dando a entender a todo el mundo que éramos novios; pero trabajar, no has trabajado; corregirte, no te has corregido. Las mismas juergas y las mismas zarabandas, con vino y mujeres de mala condición, han seguido siendo tu pan de cada

día y ¿aún tienes valor para pedirme cuentas y para decirme que yo te he engañado?

Juan María. Eso, ¿qué importa?

Lolita. ¿No ha de importar? Y más si te haces cargo de que al hablarte yo del modo que te hablé lo hice creyendo que una vez encarrilado tú por el buen sendero, poco había de preocuparte el que te quisiera. Porque quererte, no te he de querer nunca, Juan María.

Juan María. ¡Ah! ¿Y es ahora cuando me lo declaras?

Lolita. Cuando ha llegado la ocasión. Quise con una mentira piadosa ver si lograba la transformación de un hombre, pero me he convencido tristemente de que la esperanza de conseguir mi cariño es poco para eso. ¡Pollo *cañón* eras y pollo *cañón* te morirás, Juan María! ¡Lo llevas en la masa de la sangre!

Juan María. ¡Está muy bien! Y ya, con esa disertación, te quedas tan campante.

Lolita. ¡Hombre! Tan campante...

Juan María. ¡Pues, oye una cosa que no sabes, Lolita!

Lolita. Tú dirás.

Juan María. A mí podrás despreciarme; no he de ponerte un puñal en el pecho para que me quieras; pero a ese niño cursi del diplomático, tampoco.

Lolita. ¿Cómo?

Juan María. ¡Que a mí no me desbanca nadie y ese, menos! De forma que, si no quieres que aquí mismo, delante de ti, le cruce la cara, júrame que no le has de hacer caso.

Lolita. ¡Juan María!

Juan María. (Subiendo el tono de la voz.) ¡Júramelo o no respondo de mí!

Lolita. Pero, ¿quién eres tú para meterte en la intimidad de mi vida?

Juan María. ¡Júramelo!

Lolita. Pero, ¿qué ley te autoriza para convertirte en mi tirano? ¡Si es así como tratas a tus amantes, te haré ver que a una señorita como yo, no se la puede tratar del mismo modo! (Se levanta.)

Juan María (Levantándose también.) ¡Lola!

Lolita. ¡Chuchita!

Chuchita. (Guardando en el bolso rápidamente la polvera, el

espejo y la barra de carmín y levantándose inquieta al ver el gesto airado de Lolita y de Juan María.) ¿Qué pasa?

Juan María. ¡Bien está! (Se dirige a Rafael.)

Lolita. (Adivinándole la intención.) ¡Juan María!

Juan María. (Acercándose a Rafael y dándole una palmada en un hombro para llamarle la atención.) ¿Me permite usted?...

Rafael. ¿Eh? (Levantándose.) ¿Cómo no?

Juan María. (A Luisón y a Pepe Sandoval.) Con permiso. (Llevándose a Rafael hacia la galería, mientras Lolita sigue con avidez el incidente desde el primer término izquierda.) Tengo que hablarle.

Rafael. ¿A mí? Estoy a sus órdenes.

Juan María. (Invitándole a salir por la derecha de la galería.) ¿Me acompaña usted?

Rafael. ¿A dónde?

Juan María. ¡A la calle!

Rafael. ¿A la calle?

Juan María. ¿Le da a usted miedo?

Rafael. ¡No sé lo que es eso!

Juan María. ¡Pues, vamos!

Rafael. ¡Donde usted quiera!

(Salen los dos por la derecha de la galería, Juan María delante y Rafael detrás.)

Lolita. (Presa de terror y de angustia.) ¡No! ¡Juan María! (Luisón y Pepe Sandoval se levantan alarmados.) ¡Ay, don Pepe! ¡Ay, Luisón! ¡Corran ustedes! ¡Vayan!

Pepe Sandoval. Pero, ¿qué pasa?

Lolita. ¡Corra usted! ¡Ay, Dios mío! ¡Dios mío!

Pepe Sandoval. Pero, ¿qué ha sucedido? ¡Voy, voy!

(Y Pepe Sandoval sale corriendo por la derecha de la galería.)

Lolita. ¡Ay, Virgen mía!

Luisón. Pero, ¿qué ha sido?

Chuchita. Cuenta.

Lolita. Juan María, que está borracho y que tiene gana de pendencia. ¡Ay, Dios! ¡Ay, que yo me pongo mala!

Chuchita. (Llevándose a Lolita.) ¡Vamos, mujer, vamos! Tranquilízate. Pero, ¿qué ha pasado? (Desaparecen las dos por la derecha del hall.)

Luisón. ¡Bueno va! No faltaba más que ésto para acabar de completar la nochecita. ¡Bien se despide el año viejo!

(Luisón se marcha por la derecha de la galería. Queda la escena

sola unos instantes. Por la derecha del hall salen LA BARONESA DE ALTAMIRA y NENA BENAVIDES, en amigable charla.)

Nena. ¿Qué me dices, Pilar?

La Baronesa. ¡Calla, hija, calla! Yo estoy horrorizada. Esta marquesa de mis culpas lleva su bondad a extremos inconcebibles. Para mí que ha perdido los papeles. ¡Mira que venirse al Royal en una noche como ésta con Pepita la Gitana!

Nena. Es su cuñada. No tiene nada de particular.

La Baronesa. Eso ya lo he visto. Mujer más vulgar e insignificante...

Nena. Me refiero al hecho de que la haya traído la marquesa.

La Baronesa. ¡Calla, por Dios! ¡Eso, sí! Bien están la humildad y la caridad y la abnegación y el amor al prójimo, pero para oído en las Catequistas, no para practicados en público. La sociedad tiene también sus exigencias.

Nena. A la de Ardales le traen sin cuidado los respetos humanos.

La Baronesa. Pero no puede ser, Nena; no puede ser. Un día se expone a llevarse un serio disgusto, que no todos son de miras tan altruístas como ella y, francamente, obligar a nadie a alternar con gente de esa calaña es demasiado comprometido.

Nena. Lo que no se explica es que un hombre tan corrido y mundano como Luisón haya podido caer en la vulgaridad de casarse con su amante.

La Baronesa. ¡Manejos de la marquesa, querida!

Nena. ¡Ah! ¿Sí?

La Baronesa. Seguro. (Continúan hablando en voz baja. Por la derecha de la galería vuelve LUISÓN SANTILLANA.)

Luisón. Se los ha debido tragar la tierra. He llegado hasta la calle, sin dar con ellos... (No pudiendo evadir el encuentro con la Baronesa y Nena Benavides, que le miran fijamente, se acerca a ellas para saludarlas.) ¡Baronesa! Nena...

La Baronesa. ¡Hola, Luisón!

Nena. ¿Te dignas ya saludarnos?

La Baronesa. Hemos tenido el gusto de que su hermana nos presente a su mujer. ¡Qué mona! ¡Qué simpática!

Luisón. ¡Baronesa!

Nena. ¡Qué distinguida!

Luisón. ¡Nena!

La Baronesa. ¡Es monísima!

Nena. ¡Monísima!

La Baronesa De una corrección...

Nena. De un agrado...

La Baronesa. De un trato tan exquisito y a la vez tan sencillo...

Nena. (Con rabia y despecho, contrastando con el tono melífluo de antes.) ¡Qué patinazo, hijo!

Luisón. ¡Nena!

Nena. Para caer en tales manos créete que no valía la pena de que me dejases plantada con casi todo el ajuar hecho.

Luisón. Yo te suplico, Nena...

Nena. Pero los hombres sois como las gallinas. Dejais el trigo. .

La Baronesa. ¡Por Dios, Nena! No te rebajes.

Nena. Es verdad. (A Luisón.) No mereces siquiera mi despecho; pero es que te he querido tanto, Luisón...

Luisón. Y yo a ti.

(Por la derecha del hall sale PEPITA LA GITANA y se detiene a presenciar la escena, dando muestras de nerviosidad. Ni la Baronesa, ni Luisón, ni Nena Benavides advierten la llegada de Pepita.)

Nena. ¡No seas cínico!

Luisón. ¡Palabra!

Nena. (Melosa.) ¡Hubiera sido tan feliz contigo!...

Luisón. (Dejándose querer.) ¡Y yo contigo, Nena!

Nena. ¡Embustero!

La Baronesa. (Amoscada.) (¡Vaya!)

Pepita. (Sin poder contenerse más.) ¡Luis!

Luisón. ¿Eh?

Nena. (A Luisón.) ¡Ahí la tienes! (A Pepita, con el tono melifluo y de buena sociedad empleado antes.) Acérquese usted, señora, que no se lo robamos.

Pepita. (Con las de Caín.) Por si acaso, ya estaba yo a la mira.

Luisón. ¡Pepita!

Pepita. Lo güeno tiene siempre golosos y como mi marido es pan de fló pos hay que andá de contino tras é con siete ojos.

Nena. ¡Qué graciosa!

La Baronesa. ¡Muy espiritual!

Nena. (Con zumbonería.) ¡Es encantadora!

Pepita. Hase una clase de caló que no hay quien pare ahí dentro. Deben de está los *rayadores* al rojo.

Nena. (A la Baronesa, conteniendo la risa.) (¡Ay, rayadores!)

Luisón. ¡Radiadores, Pepita!

Pepita. ¿Qué más da?

La Baronesa. Abandonamos a ustedes. Hasta luego, señora. ¡Adiós, Luisón!

Luisón. (Inclinándose.) Baronesa...

Nena. ¡Buenas noches!

Pepita. ¡Que ustedes sigan bien!

(Se marchan del brazo por la izquierda del hall la Baronesa y Nena Benavides, haciendo comentarios en voz baja.)

Luisón. (Abriendo los brazos.) ¡Pepita!...

Pepita. ¿Qué pasa en Cádiz? ¿Te pensabas que te iba a dejá toa la noche de palique con ese palo de bandera? ¡No, Luis! ¿Hablá tú con otra mujé que no sea yo? ¡Nunca! Y con ésa, menos; que te soñó pa eya y puede que todavía le dure la pesadiya.

Luisón. ¡Pepita!...

Pepita. Tú eres mío como yo soy tuya y no habrá ya quien nos separe a uno de otro. Si no te merezco, haz tú por elevarme. Edúcame, que yo lo aprenderé to por darte gusto y por hacerme dirna de ti; pero no me abandones, no me huyas. Este es tu mundo y esta tu vía y por sé yo como soy tú te has apartao de eyos, pero en ti está, Luis, el enseñarme pa que, sin hasé un mar papé, puea yo artená con er señorío. ¡Edúcame, enséñame y, sobre to, quiéreme como te quiero, chiquiyo!

Luisón (Estrechando a Pepita amorosamente entre sus brazos.) ¡Pepita! Eres buena, eres santa y vales más que cien princesas juntas. ¿Cómo no he de quererte? Te enseñaré, te educaré, haré lo que me mandes, pero empieza tú por hacer una cosa por mí. ¡Cállate!

Pepita. ¿Cómo?

Luisón. No vuelvas a abrir tu boca en lo que queda de noche.

Pepita. Si es tu capricho, cayá pa toa la vía.

Luisón. ¿Me lo prometes?

Pepita. ¡Vamos!

Luisón. ¡Pepita!

Pepita. ¡Mi Luis!
Luisón. ¡Bendita seas!

(Luisón coge del brazo a Pepita y muy amartelados se marchan los dos por la izquierda del hall. Por la derecha del mismo salen CLOTILDE, PACHIN y PEDRO VALENZUELA, éste con media en las agujas, como suele decirse.)

Pedro. ¡Champagne! ¡Quiero champagne!
Clotilde. No bebas más, Perico, que te va a hacer daño.
Pedro. ¡Mozo, traiga otra copa!
Pachín. ¡Por favor, Perico, no te pongas pesao!
Pedro. ¿Has dicho por favor? (Cantando con música del tango argentino titulado «Un tropezón».)

«Por favor lárgueme, agente,
no me haga pasar vergüenza;
yo soy un hombre decente...»

Pachín. ¿Tú un hombre decente?
Clotilde. ¡Tú no eres más que un curda!
Pedro. (Cantando.) «Se lo puedo garantir.» (Y da un traspiés que está a punto de caer al suelo.)
Pachín. ¡Arrea!
Clotilde. ¡A ver si te matas!
Pedro. (Cantando con música del mismo tango.)

«Un tropezón
cualquiera da en la vida
y el corazón
aprende así a vivir.»

Pachín. ¡Le ha dao argentina la cogorza!
Pedro. ¡Quiero morder!
Clotilde. ¡Vaya una novedad!
Pedro. ¡Quiero morder!
Clotilde. Pues muerde, hijo, muerde.
Pedro. (Dando mordiscos al aire.) Aaaum.
Clotilde. ¡Así!
Pedro. Aaaum.
Clotilde. ¡Así! Sigue, sigue.
Pedro. (Sentándose a la mesa de la derecha y dando palma-

das.) ¡Mozo, traiga otra copa! (Cantando con música del tango titulado «Esta noche me emborracho».)

«Esta noche me emborracho bien,
me mamo ¡bien mamao!
pa no pensar.»

(Palmoteando.) ¡Mozo!

(Por la izquierda del hall sale JOSELITO.)

Joselito. ¡Va!
Pedro. ¡Quiero champagne!
Joselito. ¡Ar momento, cabayero! ¿Qué marca?
Pedro. ¡De la pobre viuda!
Joselito. (¡Mi madre! ¿Qué marca zerá éza?) (Vase por la izquierda del hall. Clotilde y Pachín se sientan a la mesa con Pedro.)
Clotilde. ¡No bebas más, Perico!
Pachín. ¡Hazlo por Clotilde, hombre!
Pedro. (Contestándole con música del tango «Un tropezón».)

«¡Para qué! ¡Ya se ha muerto para mí!»

Clotilde. (Alarmada.) Oye, tú, ¿qué estás diciendo?
Pedro. (Cantándole a Clotilde con música del tango «Carnaval».)

«¿Sos vos, pebeta? ¿Sos vos? ¿Cómo te va?
¿Estás de baile? ¿Con quién? Con un bacán.»

Clotilde. ¡Anda y que te emplumen!
Pedro. (Al oír dentro tocar una pieza al sexteto canta con música del tango «Che, papusa, oí».)

«Che, papusa, oí
los acordes melodiosos que modula el bandoneón.
¡Che, papusa, oí!...»

(Por la izquierda del hall vuelve JOSELITO con una botella de champagne y tres copas, que coloca sobre la mesa del primer termino derecha.)

Joselito. ¡Aquí está esto! (Descorcha la botella y sirve las copas, primero la de Pedro, que se la bebe de un trago.)

Pedro. (Cantando con música del tango «La última copa», mientras Joselito le sirve la suya.)

«Eche, amigo, no más; écheme y llene
hasta el borde la copa de champagne...»

¡Quiero morder! (Se recuesta sobre la mesa y en tanto Joselito sirve las copas a Clotilde y Pachín, Pedro, disimuladamente, para que el público no se dé cuenta de ello, tira un bocado al faldón del frac de Joselito, de manera que cuando éste eche a andar se lleve detrás a Pedro con el faldón cogido por la boca.)

Joselito. (Dando por terminado el servicio.) ¡Zervidó! (Sintiéndose preso y huyendo despavorido hacia la izquierda.) ¡Ay! ¡Mi agüela! Esto ¿qué es? ¡Zeñorito! ¡Ay! ¡Ay!

(Clotilde y Pachín corren detrás, queriendo sujetar a Pedro, pero sin conseguirlo.)

Pachín. ¡Perico!
Clotilde. ¡Perico!
Pachín. ¡Suelta, Perico!
Clotilde. ¡Suelta!
Joselito. ¡Ay, ay!

(Y de la forma descrita desaparecen los cuatro por la izquierda del hall. Dentro se oye un prolongado murmullo. Por la derecha del hall salen MUNDA SANTILLANA, LOLITA ANDREU y CHUCHITA.)

Munda. ¡Qué extraño que no hayan vuelto todavía!

Lolita. Yo estoy intranquilísima, doña Munda.

Munda. ¿Por quién? ¿Por Juan María? No te preocupes. Y a Rafael no creo que te refieras.

Lolita. ¡Doña Munda!...

Munda. ¿O te refieres a él? Como dices que no le quieres... ¿O resulta ahora que sí le quieres?

Lolita. (Ruborosa.) ¡Doña Munda!

Chuchita. También tú pareces tonta. ¡Pues, claro que le quiere, mamá!

Munda. Eso pensaba yo, que con mis años y mi experiencia no se me puede engañar tan fácilmente; pero como ésta se empeñaba en hacerme ver lo blanco negro... ¿Quedamos, entonces, en que le quieres? Y haces bien. Yo soy la primera en aconsejártelo. El muchacho es bueno y digno de merecerte. Perdónalo, que harto ha pagado ya su culpa con la escenita de esta tarde.

Lolita. Bueno, pero usted no vaya a decirle...

Munda. Descuida; si se lo dirás tú todo en cuanto llegue.

Lolita. ¿Y llegará? Hace más de un cuarto de hora que salieron...

Munda. No te apures, mujer.

(Por la derecha de la galería aparece PEPE SANDOVAL.)

Lolita. ¡Aquí está don Pepe!

Munda. ¿Qué ha ocurrido Sandoval?

Pepe Sandoval. Nada, por fortuna, marquesa.

Lolita. ¿Y Rafael?

Pepe Sandoval. ¿Tú preguntándome por Rafael? Me entra el alma en el cuerpo. Ahora vendrá; se ha quedado en el guardarropa. Yo me he adelantado para tranquilizarte.

Lolita. ¡Gracias, Dios mío!

Munda. Pero, bueno; Juan María...

Pepe Sandoval. Tenía cuatro copas demás...

Lolita. ¿No lo dije yo?

Pepe Sandoval. Y ha cometido la insensatez de desafiar a Rafael Martos por celos de ésta. Luego el chico ha recapacitado, se ha venido a buenas y ha terminado por dar explicaciones. ¡Nada, ya le digo a usted! Afortunadamente, nada.

Munda. ¡Más vale así!

(Por la derecha de la galería aparece RAFAEL.)

Lolita. (Con alegría.) (¡Rafael!)

Munda. Amigo Martos...

Rafael. Marquesa...

Munda. Mi enhorabuena por la feliz solución del lance.

Rafael. ¡Todo sin importancia, marquesa!

Munda. Y mi enhorabuena también por lo otro.

Rafael. (Vislumbrando un rayo de esperanza.) ¿Cómo?

Munda. (Señalándole con la mirada a Lolita.) ¡Ande usted, ande usted, hombre de la suerte!

Rafael. (Loco de alegría.) ¿Es posible? (Acercándose a Lolita todavía con recelo.) Lolita ..

Lolita. (Acogiéndole con agrado.) ¡Rafael! No sabe usted lo que lamento haber sido causa...

Rafael. ¡Por Dios! Al contrario. Padecer poco o mucho, por la mujer que se quiere, es siempre una satisfacción.

Munda. Tomaremos aquí las uvas. ¿No te parece, Chuchita?

Chuchita. Como digas, mamá.

Munda. En el comedor hay un gentío enorme. Aquí estaremos mejor. ¿No, Sandoval?

Pepe Sandoval. ¡Desde luego!

Munda. (A VICENTE, que sale oportunamente por la derecha del hall.) ¡Oiga, maître!

Vicente. ¿Señora?

Munda. Uvas en abundancia y unas botellas de champagne.

Vicente. ¡Al momento, señora! (Vase por la izquierda del hall.)

Munda. (Desde su sitio, a Rafael y Lolita que, abstraídos de todo, se miran con embeleso.) Pareja feliz, que faltan cinco minutos para que entre el nuevo año. ¡Ni me han oído!

Pepe Sandoval. Como que para esos, marquesa, la hora de la vida nueva ha sonado con un poco de adelanto.

Lolita. (A Rafael.) ¿Me juras que has de quererme siempre?

Rafael. ¡Te lo juro por nuestra propia felicidad!

(Por la izquierda del hall salen NENA BENAVIDES y LA BARONESA DE ALTAMIRA, y se acercan a la mesa que ocupa Munda Santillana.)

La Baronesa. ¡Cómo está el hotel, marquesa! ¡Apenas si se puede dar un paso!

(Por la izquierda del hall sale VICENTE, con un frutero con uvas y dos botellas de champagne, que coloca en la mesa del centro.)

Munda. Si nos quieren hacer el honor de tomar con nosotros las uvas...

Nena. ¡Honradísimas, Munda!

Munda. ¡Y ese Luisón y esa Pepita que no vienen!... Y las doce deben de estar al caer... ¿Falta mucho, Sandoval?

Pepe Sandoval. (Mirando su reloj.) Dos minutos, marquesa.

Munda. ¡Digo, dos minutos! (A Chuchita.) Niña, ¿por qué no te llegas?... (Viendo aparecer por la derecha del hall a PEPITA LA GITANA y a LUISÓN SANTILLANA, del brazo.) ¡Vamos! ¡Gracias a Dios! ¡Qué os estamos esperando! ¡Que van a dar las doce! (Repartiendo uvas entre todos.) Baronesa... Nena... ¡Acércate, Pepita! ¡Qué callada estás! ¿Qué te pasa? Tú siempre tan parlanchina...

Pepita. (Brindándole con los ojos su silencio a Luisón.) ¿Eh?

Luisón. (Complacido.) ¡Así, así!

Pepe Sandoval. (Acercándose a Rafael y a Lolita.) ¿Se os puede dar la enhorabuena?

Rafael. ¡Se puede, don José!

Pepe Sandoval. ¡Pues, que sea enhorabuena!

Munda. Lolita... Rafael... (Les da las uvas y una copa a cada uno, que Vicente se apresura a llenar de champagne, como antes habrá hecho con las de los demás.)

Rafael. ¡Marquesa! Muchas gracias.

Pepe Sandoval. (Con el reloj en la mano.) ¡Prevenidos! No faltan más que cuatro segundos. (Todos están con sus doce uvas en una mano y su copa de champagne en otra, incluso Vicente, pendientes de la palabra de Pepe Sandoval, que no quita los ojos de su reloj.) ¡Ahora!

(A la frase de Pepe Sandoval queda la escena completamente a oscuras. Dentro se oye un golpe de gong y a seguido, cuatro o cinco relojes que dan las doce con sonidos distintos. La música del sexteto interpreta la Marcha Real. Se ilumina de nuevo la escena y aparece la galería de cristales abierta como en el acto segundo, y el invernadero lleno de bombillas de colores. En el centro del mismo, un gran árbol de Noël, plétórico de juguetes y de chucherías muestra en sitio bien visible la cifra luminosa de 1929. Los personajes comen las uvas y brindan alborozados. Al silencio solemne y respetuoso del oscuro sigue un estruendo y un desenfreno sin límites. Dentro suenan nutridos aplausos y se escuchan vítores al nuevo año, acompañados de taponazos de champagne. Hay que procurar que el momento tenga toda la brillantez y el realismo que se persigue.)

Munda. ¡Feliz año para todos!

Todos. (Unos a otros.) ¡Feliz año!

Rafael. (Estrechando la mano de Lolita.) ¡Feliz año, Lolita!

Lolita. ¡Feliz año, Rafael!

Rafael. ¡Para mí, más feliz que ninguno!

Una voz. (Dentro.) ¡Viva el mil novecientos veintinueve!

Varias voces. (Dentro.) ¡Viva! (Aplausos dentro.)

Pepe Sandoval. Hay que reconocerlo. Como se cele-

bra esta fiesta en Madrid, no se celebra en ninguna parte. El año pasado me cogió a mí en mi tierra...

Pepita. Pero ¿usté no es de aquí?

Pepe Sandoval. No, señora; soy de Murcia.

Pepita. ¿Mursiélago?

Luisón. (Llevándose las manos a la cabeza.) ¡Pepita! ¡Por Dios!...

Una voz. (Dentro.) ¡Viva el año nuevo!

Todos. ¡Viva!

(Sigue sonando la Marcha Real hasta que cae el telón. Si por dicha del autor esta comedia se siguiera representando durante mucho tiempo. se recomienda a los señores directores de escena que la cifra luminosa que aparece en el árbol de Noël sea la del año en que la comedia se represente y por consiguiente que el grito que se oye dentro de ¡Viva el mil novecientos veintinueve! sea sustituído por el de ¡Viva el mil novecientos treinta!, etc., etc.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, Marzo 1929.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

El caprichito, entremés. (Segunda edición.)

¡Te la debo, Santa Rita!, entremés. (Cuarta edición.)

Los ídolos, comedia en dos actos. (*)

El pañolón de Manila, sainete, en cuatro cuadros, con música de los maestros Marquina y Vela.

Correo de gabinete, entremés. (*)

El patio de los Naranjos, sainete, con música del maestro Pablo Luna. (*)

Punta de viuda, entremés.

El milagro de las rosas, comedia en dos actos. (*)

La primera de feria, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

Primavera de la vida, comedia en un acto.

La casa de los pájaros, drama en cuatro actos. (Segunda edición.)

Mañanita de San Juan, entremés. (Segunda edición.)

Trini la Clavellina, zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, en prosa, con música del maestro Pablo Luna.

El huerto de los rosales, zarzuela en dos actos, divididos en cuatro cuadros, en prosa, con música del maestro José Cabas.

La sal del cariño, entremés.

La venda de los ojos, entremés con ilustraciones de música popular adaptada por el maestro José Serrano.

La caseta de la feria, comedia en tres actos.

Alfonso XII, 13, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

(*) En colaboración con Julio Pellicer.

La mujer de su casa, sainete.

El Otelo del barrio, sainete en tres cuadros, con música del maestro Jacinto Guerrero.

Inmaculada, comedia en tres actos.

Constantino Pla, comedia en tres actos.

El clavo, comedia en tres actos.

El paso del camello, comedia en tres actos. (Segunda edición.)

Cándido Tenorio, sainete en cinco cuadros, dispuestos en dos actos, con música del maestro Jacinto Guerrero.

El primo, comedia en tres actos.

La negra, comedia en tres actos.

Pimienta, comedia en cuatro actos.

La señorita Primavera, comedia en tres actos.

Colonia de lilas, comedia en tres actos.

La Prudencia, comedia de costumbres populares, en tres actos.

Mimí Valdés, escenas de la vida moderna, en tres actos.

Lola y Loló, comedia en tres actos.

Los pollos «cañón», comedia en tres actos.

La copla vengadora, novela.

La Casablanca, novela. (Publicadas en «La novela de bolsillo».)



Sucesor de R. Velasco; Marqués de Santa Ana, 11 d.°